

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA NACIONAL
DE PERIODISMO

Año 7 - Nº 17



ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO
Buenos Aires
2005

Academia Nacional de Periodismo

Miembros de número

MARTÍN ALLICA	RICARDO KIRSCHBAUM
ARMANDO ALONSO PIÑEIRO	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
GREGORIO BADENI	LAURO F. LAÍÑO
NORA BÄR	JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
ULISES BARRERA	FÉLIX LUNA
RAFAEL BRAUN	ENRIQUE J. MACEIRA
CORA CANÉ	ROBERTO MAIDANA
NELSON CASTRO	ENRIQUE M. MAYOCHI
JUAN CARLOS COLOMBRES	JOAQUÍN MORALES SOLÁ
JORGE CRUZ	ALBERTO J. MUNIN
HÉCTOR D'AMICO	ENRIQUETA MUÑIZ
DANIEL ALBERTO DESSEIN	ENRIQUE OLIVA
JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO	LEANDRO PITA ROMERO
† FERMÍN FÈVRE	ANTONIO REQUENI
ROBERTO A. GARCÍA	MAGDALENA RUIZ GUIÑAZÚ
OSVALDO E. GRANADOS	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
MARIANO GRONDONA	ERNESTO SCHOO
ROBERTO PABLO GUARESCHI	RAÚL URTIZBEREA
JORGE HALPERÍN	BARTOLOMÉ DE VEDIA

Miembros eméritos

NAPOLEÓN CABRERA - JOSÉ MARÍA CASTIÑEIRA DE DIOS

Miembros correspondientes en la Argentina

EFRÁIN U. BISCHOFF - CARLOS HUGO JOMET (CÓRDOBA)
LUIS F. ETCHEVEHERE - CARLOS LIEBERMANN (ENTRE RÍOS)
JORGE ENRIQUE OVIEDO (MENDOZA)
CARLOS PÁEZ DE LA TORRE (TUCUMÁN)
HÉCTOR PÉREZ MORANDO (NEUQUÉN)
JULIO RAJNERI (RÍO NEGRO)
GUSTAVO JOSÉ VITTORI (SANTA FE)

Miembros correspondientes en el extranjero

JUAN CARLOS ALGAÑARAZ (ESPAÑA)
JULIO ALGAÑARAZ (ITALIA)
MARIO DIAMENT (ESTADOS UNIDOS)
ELISABETA PIQUÉ (ITALIA)
ARMANDO RUBÉN PUENTE (ESPAÑA)
ANDRÉS OPPENHEIMER (ESTADOS UNIDOS)

Mesa Directiva

Presidente:	JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO
Vicepresidente 1º:	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
Vicepresidente 2º:	ENRIQUE JOSÉ MACEIRA
Secretario:	ENRIQUE MARIO MAYOCHI
Prosecretaria:	ENRIQUETA MUÑIZ
Tesorero:	ALBERTO J. MUNIN

Comisión de Fiscalización

Miembros titulares:	DANIEL ALBERTO DESSEIN CORA CANÉ
Miembros suplentes:	ULISES BARRERA ROBERTO MAIDANA

Comisiones

Admisión: BARTOLOMÉ DE VEDIA, ARMANDO ALONSO PIÑEIRO, ENRIQUE J. MACEIRA y ALBERTO J. MUNIN.

Biblioteca, Hemeroteca y Archivo: BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT, JORGE CRUZ y ULISES BARRERA.

Concursos, Seminarios y Premios: JORGE CRUZ, ENRIQUE MACEIRA, ENRIQUETA MUÑIZ y ENRIQUE OLIVA.

Libertad y Ética Periodística: LAURO F. LAÍÑO, RAFAEL BRAUN, ALBERTO J. MUNIN, ENRIQUE J. MACEIRA, ENRIQUE OLIVA y BARTOLOMÉ DE VEDIA.

Publicaciones y Prensa: ANTONIO REQUENI, NORA BÄR, JORGE HALPERÍN y FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY.

La muerte de Fermín Fèvre

El 7 de junio último, la celebración del Día del Periodista se enlutó con la noticia de la muerte de Fermín Fèvre, intelectual cabal, de sólidos conocimientos y refinada sensibilidad y uno de los más lúcidos y prestigiosos críticos y divulgadores de las artes plásticas en nuestro país. Su muerte repercutió dolorosamente no sólo por las circunstancias en que se produjo —un accidente automovilístico en el que también falleció su esposa—, sino por



los afectos que había logrado conquistar en esta Academia, a la que ingresó en 1996 y donde era activo coordinador de la comisión de Concursos, Seminarios y Premios. Nuestro colega desaparecido ejerció la crítica de arte en los diarios *Correo de la Tarde*, *El Cronista Comercial* y *Clarín*, así como en la revista *Criterio*, donde se desempeñó durante varias décadas. Colaboró, asimismo, en *La Nación*, *Convicción*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, de Madrid; *Plural* y *Artes Visuales*, de México. Ultimamente era director de la revista *Arte al Día*. Autor de varios libros sobre su especialidad, Fèvre fue director del Museo Nacional de Bellas Artes, del Fondo Nacional de las Artes, vicepresidente de la Asociación Argentina de Críticos de Arte y docente de la Universidad de Tres de Febrero. El presidente de la Academia Nacional de Periodismo, doctor José Claudio Escribano, asumió la representación de sus miembros al despedir al ilustre académico con las palabras que se transcriben a continuación.

Palabras del doctor José Claudio Escribano

En nombre de la Academia Nacional de Periodismo, en representación de los pares y amigos de esta institución fundada para velar por la defensa de la libertad de expresión y de los valores que le dan significado, despido a Fermín Fèvre. Despido a un intelectual para quien el periodismo no fue, en realidad, más que una de las manifestaciones posibles de la cultura popular.

Por más de cuarenta años, Fèvre ejerció la crítica de arte en diversas publicaciones del país. En *Clarín* y *La Nación*, entre los diarios, y en *Criterio*, entre las revistas de aparición regular. Su juicio fue valorado no sólo por las publicaciones más exigentes del país sino también del extranjero, y también por los responsables de algunas de las muestras internacionales más significativas en el mundo plástico, que lo consideraron un jurado erudito, ecuánime, honesto. Pienso en su actuación como crítico en los años sesenta y cómo él, apegado a valores eternos y a formas de ser ajenas al cambio drástico e impetuoso, supo acoger la irrupción de un movimiento artístico con mucho de volcánico para quienes se aferraban al acatamiento dogmático de tradiciones académicas. Pienso también en las vicisitudes de los últimos días de su vida activa, en que tuvo el coraje público de saber distinguir entre la obra de arte y el juicio moral que hubiera sobre el artista, y de hacerlo sin detenerse a medir el precio social que hubiera que pagar por ello.

La vitalidad perdurable de una obra artística consiste en abrir la posibilidad de comprender la realidad, de recrearla y aun de anticiparse a los hechos y tendencias sociales que han de sobrevenir, por la vía de la sensibilidad, del genio y del dominio técnico de una expresión estética. El crítico de arte —el gran crítico— enseña a ejercitarnos en ese esfuerzo de interpretación que lleva al deleite y profundiza el conocimiento del hombre en sí mismo y en lo que lo rodea. Los

propios colegas de Fèvre lo distinguieron en más de una ocasión como el mejor entre todos ellos. Eso sólo explicaría la desazón profesional provocada por su desaparición. Pero al dolor de la familia de Fèvre, al de sus hijos, sus nietos, sus deudos directos todos, debemos agregar el pesar general por haberse tronchado, por la manera absurda que sabemos, la vida de un argentino de inmensa valía.

Este humanista que plasmó la docencia permanente del crítico en la docencia paralela del profesor universitario, era, aunque solíamos olvidarlo, ducho en la árida, para nosotros, ciencia de los números, como que era licenciado en administración de empresas. La Academia Nacional de Periodismo no sólo debe agradecerle su aporte consistente a todas sus actividades; en particular, corresponde decir que él fue hasta aquí el eje de los concursos con los cuales nuestra institución estimula lo mejor de la actividad periodística y, además, fue el suyo un ojo severo y confiable en la administración de los recursos de la Academia. Al igual que lo que ocurrió con su desempeño por muchos años en *Criterio*, a la que por un lado administró y, por el otro, entregó una parte considerable de su producción intelectual, la Academia Nacional de Periodismo se benefició con la versatilidad notable de Fèvre. Como amigos, como colegas y, por sobre todo, como argentinos, estamos conmovidos por su fallecimiento. Fermín, descansa en paz.

Nuevos académicos

En la sesión del último 18 de mayo fueron elegidos nuevos miembros de número de la Academia Nacional de Periodismo la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú y el jurista Gregorio Badeni, experto en legislación periodística.

Durante dicha reunión fueron designados, además, los siguientes miembros correspondientes: Carlos Páez de la Torre, del diario *La Gaceta*, de Tucumán; Julio Algañaraz, corresponsal de *Clarín* en Italia; Juan Carlos Algañaraz, corresponsal de *Clarín* en España; Elisabetta Piqué, corresponsal de *La Nación* en Italia, y Andrés Oppenheimer, columnista del *Miami Herald* y del *Nuevo Herald*, de Miami, Estados Unidos.

Magdalena Ruiz Guiñazú

Magdalena Ruiz Guiñazú, periodista ampliamente reconocida en nuestro medio, inició su actividad en 1954 en revistas de actualidad y como colaboradora de otros medios gráficos. Pasó luego a desempeñarse en programas periodísticos de la radiofonía y la televisión, en los que desarrolló una larga trayectoria. Con Joaquín Morales Solá compartió el ciclo *Dos en la Noticia* por Canal 9, y actualmente conduce por Radio Mitre *Magdalena Tempranísimo*. Integró, durante el gobierno del presidente Alfonsín, la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP). Mereció, entre otros premios, el Martín Fierro por trayectoria, en 1994, otros premios Martín Fierro, el Konex de Platino en 1991, y los premios Santa Clara de Asís, San Gabriel y Prensario. Como narradora de ficción, publicó los libros *Huésped de un verano*, *Había una vez en la vida* e *Historia de hombres, mujeres y jazmines*.

Gregorio Badeni

El doctor Gregorio Badeni, uno de los más prestigiosos constitucionalistas del país, se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires en 1964 y obtuvo el doctorado en 1971. Un año después se licenció en Ciencias Políticas en la Universidad de La Plata. Fue socio fundador del estudio Liniers Quintana, Badeni y Gagliardo. Desde 1968 es profesor universitario de Derecho Constitucional en la UBA y de Régimen Jurídico de la Información en el Instituto de Comunicación Social de la Universidad Católica Argentina (UCA). Actualmente preside la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, a la que ingresó en 1992. Autor de una quincena de libros sobre su especialidad, la Academia Nacional de Periodismo editó recientemente su obra *Doctrina de la real malicia*. El doctor Badeni publicó, asimismo, más de cuatrocientos trabajos sobre derecho constitucional y ciencia política en periódicos y revistas nacionales y extranjeras. Es asesor jurídico de la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA) y colaborador de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP).

Incorporación de Ernesto Schoo

El 26 de mayo último se realizó en el salón de actos del Museo Mitre la incorporación como miembro de número del destacado periodista cultural Ernesto Schoo, quien disertó sobre el tema *El espectáculo de la cultura*. El orador fue presentado por el académico Jorge Cruz, quien destacó los méritos de Schoo como crítico de teatro, cine, música, artes plásticas y literatura, así como su labor como cuentista y novelista. Presidió el acto, por ausencia del doctor Claudio Escribano, el vicepresidente primero de la corporación, Bernardo Ezequiel Korembli.

El espectáculo de la cultura

Por Ernesto Schoo

Ni refugio ni evasión. En los últimos tiempos, a partir de la formidable crisis –en apariencia sólo económica, pero mucho más honda y diversificada– que sacudió a la sociedad argentina como no ocurría desde 1890, se produjo en el país, y sobre todo en esta ciudad de los Buenos Aires, un auge notable de las actividades culturales. Suele interpretársele como la necesidad natural, instintiva, de alejarse de los problemas cotidianos, en busca de olvido, consuelo o cobijo.



Nada más lejos de la exigencia primordial de la cultura. Que es justamente lo opuesto: un estar alerta frente a los desafíos de la hora, encarándolos con los dones propios del quehacer cultural: imaginación, ante todo, y decisión de obrar para abrir nuevos caminos, audacia para innovar. No volver estérilmente al pasado sino para extraer de él la promesa del futuro, aunque el presente incline al desánimo.

Porque cultura no equivale a erudición, ni –como creen algunas personas distraídas– a los buenos modales, o al buen gusto. Que integran, sin duda, el espectro cultural, pero no lo determinan, porque suelen cambiar con los tiempos; la moda es el mejor ejemplo de esa condición transitoria. La vastedad del concepto de cultura –que bien podría definirse como todo aquello que la actividad humana agrega al mundo natural– nos obliga a circunscribirlo hoy y aquí a las artes y las ciencias. Estas últimas no gozan, en el imaginario colectivo de los argentinos, del mismo prestigio que aquéllas. Error que en gran parte ha contribuido a la decadencia de la que estamos procurando salir. Desprovisto por completo de mentalidad científica, no dejo de afir-

mar, en cuanta ocasión se me presenta, que tan sólo las sociedades que otorgan a las ciencias y a la técnica el rango cultural que les corresponde, tan sólo esas sociedades desempeñarán un papel importante en el mundo del siglo XXI, que desde tan temprano nos plantea ya problemas y desafíos de dimensiones alarmantes.

La Argentina, esta Argentina tan vapuleada en los últimos años, tiene sin embargo un producto que puede poner, ufana, en la mesa del mundo y decir, señalándolo con legítimo orgullo: “Esto es lo que somos capaces de hacer”. Es su producción artística y científica, lo-grada esta última generalmente en condiciones precarias y a costa de considerables sacrificios personales. No haré nombres, por ser de todos vastamente conocidos; tan sólo señalaré la paradoja de que, para poder realizarse cabalmente, esos hombres y mujeres han debido irse a territorios más propicios. Cuando vuelven famosos y renombrados, entonces los declaramos ciudadanos ilustres y las autoridades los lucen orgullosamente en las solapas, como condecoraciones obtenidas por mérito propio.

Cuando trabajaba en *La Opinión*, allá por 1975, el director, Jacobo Timerman, nos pidió a Pompeyo Camps, el crítico musical, y a mí, jefe de la sección Artes y Espectáculos, una nota sobre los músicos argentinos radicados en Europa. Descubrimos que los primeros violines de once orquestas sinfónicas alemanas –se sabe que en Alemania hasta las ciudades pequeñas se enorgullecen de su propia (y, por lo general, excelente) orquesta sinfónica–, esos once primeros violines eran argentinos. Conclusión: Timerman no quiso publicar la nota, le pareció demasiado deprimente. La Argentina había formado a once violinistas de primera línea, pero era incapaz de mantenerlos.

En un libro editado hace unos años acerca de la famosa Generación del '80, la que, presidida por Roca, hizo la Argentina moderna, Ezequiel Gallo y otros historiadores notables señalaban que, si bien esa generación tuvo un plan educativo que dio magníficos resultados, careció de un análogo plan cultural. Sin duda, aquellos hombres sabían que el primer escalón hacia la cultura es la educación, y a ella consagraron su lucidez y su coraje; la cultura debía esperar; y su hora llegó, por cierto, ya en aquellos años de reparación y construcción de

una nacionalidad. Cuando se consultan los archivos y las historias de fines del siglo XIX y comienzos del XX, asombra la cantidad de becas y subsidios que, sobre todo pintores y escultores, y algunos músicos, recibían de entes gubernamentales como, por ejemplo, los senados provinciales. Los gobiernos de las provincias mandaban a sus jóvenes artistas promisorios a estudiar y perfeccionarse en Europa, de preferencia en Italia (París sería la meca años más tarde). Había pues, en esos tiempos, una política de Estado que favorecía la cultura; por qué y cómo se fue abandonando, y cómo se operó el divorcio de política y cultura —que es otra de las causas, si no la principal, de la progresiva decadencia que nos ha llevado a tocar fondo—, es tema que no debatiré en estas breves reflexiones. Diré tan sólo, para consolidar mi fama de políticamente incorrecto, y liberal confeso, que los gobiernos conservadores fueron los que más fomentaron la cultura (si tenemos un Gauguin y un Van Gogh en el Museo Nacional de Bellas Artes se lo debemos, mal que nos pese, al presidente Justo, cuya vasta biblioteca gozaba de legendaria fama). Y que el último presidente auténticamente culto que tuvimos fue el doctor Arturo Frondizi.

Dicho lo cual, me referiré a un mínimo hecho doméstico. Paseaba yo a mi perro, en el atardecer del martes último, por el Parque Las Heras, y venía rumiando algunos de los puntos que trataría en la disertación de hoy. Era una tarde magnífica de otoño, volvía a mi casa en un estado de ánimo acorde con el oro de los árboles sobre el cielo intensamente azul, cuando de pronto se me ocurrió que la cultura tiene, como las plantas, la virtud de renovar incesantemente sus ofrendas. Cada vez que miro un cuadro, aunque lo haya mirado cien veces, o escucho una partitura, o leo un libro, ese cuadro, esa música, ese libro, renacen, tan nuevos y frescos como cuando fueron creados. Y nosotros, espectadores, oyentes, lectores, renacemos con ellos. No sólo revivimos, a la manera proustiana, la experiencia pasada, sino que nos abrimos a otra nueva, y acaso inesperada. ¿No nos ocurre esto, acaso, con nuestras lecturas de juventud, que, al retomarlas años después, cuando llega la hora inevitable de releer, descubrimos que a los 20, 25 años, no habíamos entendido nada, que lo esencial se nos había escapado y que tan sólo ahora apreciamos otros sabores, otros matices, como si se tratara de otro libro? Nosotros hemos cambiado,

y con nosotros, nuestros autores favoritos. No hay egoísmo en el placer solitario de la lectura, o en la contemplación de la obra de arte. Yo, lector, espectador, la estoy compartiendo con quienes la apreciaron antes, cientos o miles de años atrás; y en cada hombre que la apreció, o la aprecia hoy, esa obra resuena de una manera distinta, recupera la novedad.

Este perpetuo enriquecimiento del espíritu y de la mente es el tesoro inagotable que la cultura pone a disposición de todos. Cierta ideología pretende convencernos de que esa riqueza cultural únicamente está al alcance de algunos pocos privilegiados. Las biografías de algunos de los mayores artistas que han existido prueban en abundancia lo contrario.

Pero la demagogia populista es tenaz y denuncia con saña a la que llama élite cultural. En la Argentina de hoy no conozco otra élite que la formada por los deportistas, los modelos, las figuras (figuritas y figurones) de la televisión y los políticos. La gente de la cultura no merece la misma atención mediática, ni goza de las prebendas de que disfrutaban esos personajes. No discuto el derecho de éstos a la popularidad, que en algunos casos merecidamente usufructúan. Sin embargo, es evidente el desequilibrio en la consideración pública, que no es privativo de la Argentina, por cierto: se da en todo el mundo, pero aquí adquiere rasgos casi patológicos.

En un libro admirable, *El tiempo en ruinas*, Marc Augé, el antropólogo francés creador del feliz concepto de “no lugar” –los aeropuertos, los *shoppings*, los supermercados–, dice que “están en marcha procesos que difunden la uniformidad y la conversión de las cosas en espectáculo”. No sólo el deporte, la política, las artes, se convierten en espectáculo, también la guerra –convenientemente pasteurizada–, las grandes catástrofes y, ahora, las vidas privadas, la intimidad de puertas adentro, convertidas en puertas afuera, los *reality shows* prodigados por la televisión en el mundo entero. La televisión se introduce hoy en los quirófanos y hasta en las entrañas mismas del cuerpo del enfermo, del sometido a una operación, el doliente, el paciente. Somos invitados a asistir, con satisfacción morbosa, a los detalles más desagradables (que para algunos –o muchos, tal vez– no

lo serían tanto, entonces) del trámite quirúrgico mediante el cual se modifica el sexo de una persona.

Se arguye, para justificar esta intromisión, que así conocemos mejor nuestra propia naturaleza y la del prójimo. Se pasa por alto el carácter descaradamente comercial de esos “sinceramientos” y su apelación a lo peor de la compleja naturaleza humana. Agotadas ya en la ficción las imágenes de catástrofes, asesinatos y torturas, de entrañas desparramadas al voleo, de cataratas de sangre (aunque sepamos que es falsa, la impresión sobre los sentidos equivale a la natural) y de cadáveres minuciosamente examinados en una morgue; lo mismo que las reiteradas, tediosas, de relaciones sexuales del *soft* al *hardcore*, ¿nos sorprendería ver, dentro de poco, personas ejecutando sus funciones fisiológicas frente a las cámaras de la televisión pública? ¿Por qué no, cuando tanta gente parece dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de ganar los quince minutos de fama que según Andy Warhol (que algo sabía de esas cosas) le corresponderán a cada uno en el futuro inmediato?

Todo esto y mucho más conforma el espectáculo de la cultura aquí y ahora, y en casi todas partes. Los ochenta años que nos separan de la publicación original de *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset, no han marchitado su vigencia. Allí dice el admirable ensayista (más que filósofo, verdadero maestro de vida): “Es muy difícil salvar a una civilización cuando le ha llegado la hora de caer bajo el poder de los demagogos”. Insensato sería, en esta era de las masas, oponerse a los programas que yo llamaría de “culturización masiva”, los acontecimientos culturales acompañados del prefijo “mega”. Pero es curioso comprobar que sus organizadores, generalmente funcionarios estatales, suelen concluir sus razonamientos con una reflexión análoga a la que formulamos nosotros: “Con que tan sólo un espectador sea tocado por la curiosidad o el interés, y se asome así a la riqueza y variedad del hecho cultural, el acontecimiento se justifica”. Con lo cual ratifican la certeza de que esa propuesta de acercamiento a los productos culturales y su disfrute, aspira a ser una operación individual, de muchas manera solitaria. El milagro ocurre cuando se logra, como a veces con la música y el teatro (la frase feliz de Charles Dullin, el gran actor francés, después de una función lograda: “El

dios bajó esta noche”), repito, como en la música y el teatro, la auténtica comunión con el prójimo, ese raro momento en que la multitud es uno. No nos engañemos: pasados la emoción y el entusiasmo iniciales, la mayoría de nosotros vuelve a su rutina, a su pequeño mundo, a su tedio cotidiano. Para vivir más plenamente, más a fondo, la existencia que al hombre como tal le corresponde, la cultura es la herramienta más apta, la que logra hacer del individuo una persona. En este sentido, más allá de la erudición y del refinamiento, la cultura es fuente de solidaridad, compasión y tolerancia. Su vinculación con lo sagrado –ese ámbito que al hombre contemporáneo le es no sólo ajeno sino hasta repugnante– resulta indiscutible. Termino con una de mis frases favoritas. Pertenece al gran crítico inglés de arte Herbert Read. Cuando le preguntaron si el arte es necesario, contestó: “Tan sólo sé que es inevitable”.

Mitre periodista

Por Enrique Mario Mayoche

Palabras pronunciadas, en representación de la Academia Nacional de Periodismo, en el acto realizado por las academias nacionales, en el recinto del histórico Congreso Nacional, el martes 13 de junio, a las 18.30, para honrar la memoria de Bartolomé Mitre con motivo de cumplirse el próximo 19 de enero de 2006 el centenario de su deceso.

Bartolomé Mitre, cuya memoria honramos hoy a las puertas del centenario de su deceso, fue periodista en cuatro repúblicas americanas a lo largo de casi setenta años de los ochenta y cuatro que vivió.

Radicado con sus padres y sus hermanos en la ciudad de Montevideo, paralelamente aprendió el oficio de las armas y dio a la prensa sus primeros escauceos literarios.

Esa primera prensa fue para él la hoja redactada por Andrés Lamas con el nombre de *El Iniciador*, y allí se publicó su colaboración titulada “Hombres felices”, un cuadro de costumbres que seguía los pasos de Mariano José de Larra. En adelante, casi todos sus otros aportes pertenecerán preferentemente al mundo poético. Agreguemos a esto que por entonces el adolescente exhibe una decidida vocación por las letras, como lo confirmará poco después al traducir el *Ruy Blas* de Víctor Hugo y componer la tragedia *Policarpa Salavarrieta*. En los años siguientes, por sentirse ciudadano argentino, seguirá atentamente los acaeceres de nuestras provincias, en particular Buenos Aires, como lo manifestará claramente al publicar en el periódico montevideano *El Nacional* en 1840 el poema “La Revolución del Sur” y dos años más tarde, “Elegía a Juan Lavalle”.

Al tener noticia de que en Corrientes se prepara un nuevo levantamiento contra el gobernador porteño Juan Manuel de Rosas, Mitre decide marchar hasta allí para ponerse a las órdenes de quien será el jefe, el general José María Paz. Al enterarse del fracaso del movi-

miento, retorna a Montevideo, donde no podrá permanecer por mucho tiempo debido a que no es bien visto por las autoridades políticas de ese momento. Tras pasar por el Brasil y por Chile, llegará a Bolivia. Allí volverá a ejercer el periodismo, como redactor principal del diario *La Epoca*, y prestará servicios como militar. Disidencias políticas locales lo obligarán a marcharse de esta república y, tras una breve estada en el Perú, donde no se lo recibe con simpatía, elegir a Chile como lugar de su nuevo exilio.

En el país trasandino inicialmente ingresará en el periódico *El Comercio*, donde también desempeña tareas Juan Bautista Alberdi, y el 15 de mayo de 1849 se hará cargo de la redacción de *El Progreso*, diario santiaguino fundado siete años antes por Domingo Faustino Sarmiento y Vicente Fidel López.

Esta etapa en la vida de Mitre, etapa de profesionalidad estricta, lo obligará a poner todas sus fuerzas en la demanda. Esta realidad será descrita muchos años después, en 1943, por Adolfo Mitre, quien escribió esto: “En el mecanismo ingente de los diarios modernos la subdivisión del trabajo delimita estrictamente funciones, pero en aquella edad de oro del periodismo, el cargo de ‘redactor’ implicaba desde la dirección intelectual hasta la inserción de un aviso mercantil, si no la propia labor del ‘taller’.” Esta certera estampa hecha por el bisnieto del prócer nos lleva a recordar que muchos años después, ya en Buenos Aires, Mitre concurriría los domingos por la tarde, cuando todos descansaban, a la imprenta, o sea el taller, para redactar con destino a su diario una nota editorial, lo que hacía parando los tipos de plomo directamente, sin guía manuscrita previa, en el llamado “componedor de Franklin”, uniendo así, como antes se dijo, la labor propia del periodista con la del obrero especializado, el tipógrafo, hoy casi extinguido.

Para valorar el pensamiento que guiaba a Mitre en su batalla periodística, permítaseme dar lectura a los pensamientos que estampa en *El Progreso* el día en que asume su conducción: “El movimiento político –afirma– ha hecho perder de vista el cuidado de las reformas materiales y sociales, sin las que no hay reforma política posible. Un pueblo pobre no puede ser libre; un pueblo sin instrucción no puede tener idea de sus derechos y deberes; un pueblo con un mal sistema

de hacienda no puede tener un buen sistema político; un pueblo que no goza de un bienestar, en vano está que tenga escritas en el papel sus libertades”.

Pero la faena periodística de Mitre no podrá mantenerse ajena a los sucesos políticos del pueblo chileno. Como consecuencia de estériles enfrentamientos, su diario será cerrado y sobre él caerá la orden de proscripción. Pasará entonces otra vez al Perú, donde permanecerá por breve lapso, porque una oportuna amnistía lo ampara y le permite volver a Chile. Poco tiempo permanecerá en este país, porque hasta allende la cordillera llegará la noticia del pronunciamiento del gobernador de Entre Ríos contra su par porteño. El periodista, entonces, retoma su condición de militar, se embarca rumbo a Río de Janeiro y desde esta ciudad marcha a su tierra nativa para incorporarse a las huestes que tienen por jefe a Justo José de Urquiza. Ahora está en su patria, tras quince años de ausencia, y combatirá en la batalla de Caseros, una batalla definitiva, donde su saber artillero le merecerá el reconocimiento del general entrerriano.

Pasado el fragor del combate, Mitre está otra vez en Buenos Aires y a poco se le unirá su familia tras viajar desde Montevideo. El dejará la espada a un lado y retomará la labor periodística. El 1° de abril de 1852 nace *Los Debates*, del que será redactor. Su primera nota editorial, que lleva por título “Profesión de fe”, manifiesta que la flamante hoja será un periódico “de cuerda templada y discusión que llamará a todas las opiniones a batirse en el terreno pacífico de la inteligencia y de la ley, llevando la luz del debate razonado sobre todas las cuestiones vitales que hoy se agitan y tengan relación con los intereses del país... Para dirigirnos, en medio de las tinieblas del más borrascoso de los debates, tendremos una antorcha y una brújula: el amor a la libertad y el sentimiento de justicia”. En el nuevo periódico no faltará el elogio a la decisión de Urquiza de establecer la libertad de prensa, según manifestó en su proclama del 17 de marzo anterior.

Mitre se alineó con los porteños que no estaban dispuestos a aceptar lo que estimaban ser el predominio del vencedor de Caseros sobre la provincia de Buenos Aires. Por ser uno de los legisladores que rechazaron el acuerdo de San Nicolás, sobre su periódico cayó la clausura y

sobre él, las órdenes de prisión primero y proscripción después. Este sería su sexto destierro, que lo llevó otra vez a Montevideo.

Volvió a su ciudad, a Buenos Aires, tras el triunfo de la revolución porteña del 11 de septiembre de 1852. Como periodista colaboró en adelante en *El Nacional*, el diario de Vélez Sarsfield; como político desempeñó cargos relevantes y como militar tuvo a su cargo la organización de la Guardia Nacional, o sea, el ejército de la provincia. En medio de un agitado ambiente político, el 14 de mayo de 1857 se inició la segunda época de *Los Debates*, que sin abandonar la línea principista fue arma de combate intelectual contra los dirigentes de la Confederación Argentina y su presidente Urquiza. El 10 de febrero de 1858 debió dejar la dirección del periódico, cuya existencia se prolongó por pocos meses, para vestir otra vez el uniforme militar. Eran los tiempos en que sobrevolaban sobre la tierra argentina las amenazas del casi seguro enfrentamiento bélico entre compatriotas.

Los años siguientes, hasta su victoria en Pavón, obligaron a Mitre a dejar de lado el ejercicio activo del periodismo y otro tanto ocurrió, aunque no totalmente, durante el sexenio en que desempeñó la primera magistratura de la República. Su actividad como hombre de prensa se manifestó por medio de “cartas” publicadas en *La Nación Argentina*, el diario de propiedad de José María Gutiérrez que apoyaba la gestión presidencial. También por este medio dio a conocer artículos que enviaba desde el Paraguay durante los duros años de la Guerra de la Triple Alianza.

En 1868, Mitre cedió el Poder Ejecutivo a Sarmiento y, poco después, fue elegido senador nacional. Los ataques que recibía una vez más de quienes lo habían censurado acremente durante su presidencia y lo seguían haciendo, así como urgencias económicas familiares, lo llevaron a proyectar la creación de un diario. Téngase presente que sus únicos ingresos eran sus dietas de senador, las que sólo percibía en los meses en que funcionaba el Congreso. Esto está muy bien precisado por Miguel Angel Demarco en la biografía que traza del prócer, en la que dice que a Mitre “cuando evaluaba sus posibilidades de subsistencia personal, familiar y política, no se le presentaba en el horizonte otra alternativa que la del ejercicio activo del periodismo. Así, para fines de 1869, tuvo claro que debía dedicar cuanto

poseía a la edición de un diario que le permitiese vivir y combatir en la arena política”.

Ha llegado el momento de la culminación del patricio como periodista. El 4 de enero de 1870 aparece *La Nación*. Por breve lapso se imprimirá en el taller gráfico de Gutiérrez y enseguida en el que él instaló en su propia casa, hoy convertida en museo.

No corresponde a la finalidad de este acto trazar hasta hoy la historia del diario que Mitre guió hasta su deceso. Con esa permanente conducción culminaron los setenta años de su acción como periodista. Lo fue, según se dijo al inicio de estas palabras de homenaje en nombre de la Academia Nacional de Periodismo, desde su adolescencia hasta el 19 de enero de 1906. Realmente, un hecho singular en la historia de la prensa argentina.

Comunicaciones y comuniones

Por Bernardo Ezequiel Korembliit

En los bellos y nobles tiempos en que los maestros enseñaban y los alumnos aprendían, un educando preguntó a su preceptor: “¿De dónde vienen los árboles, las flores, el viento, de dónde vienen las nubes, los duraznos, las hojas, los pajaritos, de dónde viene la?...”. El maestro, fastidiado por la machacona retahíla, lo interrumpió: “¿Y tú sabes de dónde vienen tus preguntas?”. La serpiente del signo interrogante se abre para preguntar (y preguntarme) si el ayo de esta historia era impaciente e intolerante o si el discípulo era plomífero y hurguete más allá del bien, del mal y de lo regular (con lo cual superaba la fórmula de Nietzsche). En mi modesto y humilde pero autorizado entender, y según lo he aprendido en los pocos pero nutritivos y fecundos años que he vivido, sé que hablando es como no se entiende la gente. Y mucho más esto es así en los últimos tiempos, en que el mundo ha caído en manos de los hombres, y por extensión y expansión, la enseñanza ha caído en manos de los pedagogos, y el saber, el entender y el aprender en ese templo de la cultura que es la televisión, que el Señor del piso de arriba nos libre de ella. También ha caído el interés de los jóvenes en los contorsionistas del *rock* y otras aberraciones, pero éste es ya otro paisaje.

Las respuestas a estas o aquellas preguntas serán sabias, o por lo menos acertadas con alguna precisión y claridad informativas, de una parte según la ciencia del contestador y de otra según la capacidad de percepción del preguntador. En el caso de que el informante no conozca las leyes de la perspectiva y la teoría de los colores que guiaron a Leonardo en su creación de la Gioconda, no podrá decir nada acerca de esa maravilla, y si se concreta a expresar que es una obra maestra, no habrá dicho nada porque eso ya lo sabía el alumno. Y en el caso en que el preguntador carezca de capacidad intelectual y sea de esas inefables criaturas a las que si se les cuenta una historia de doble

sentido no entienden ninguno de los dos, no aprenderá nada de nada aunque el mismo Pestalozzi en persona le dé la explicación empleando los métodos de su sabia enseñanza. La comunicación es así desde los prototiempos en que los inhumanos seres humanos comenzaron a comunicarse y a incomunicarse. Así ha sido siempre y así es desde toda la eternidad. Desde la edénica edad en que la anquirredonda Eva le decía al hinible Adán: “No te enojés, no te enfurezcas, querido: estamos viviendo una época de transición”.

He observado que la comunicación es una suerte de incomunicabilidad (perdón por usar esta expresión, que se pronuncia como se lee) cuando uno de los interlocutores disiente de las opiniones del otro. O no le conviene reconocerlas, como acontece en el sacrosanto campo político. “Usted rechaza todos mis razonamientos”, se queja uno de los disidentes, y el otro responde: “Sí, rechazo sus razonamientos, pero empleo razonamientos para rechazarlos”. Esto aconteció cuando en una rectangular Mesa Redonda desconvine del juicio del pornógrafo Enrique Medina, para quien el supremo novelista del siglo XX era el prenazi Céline, un francés que estaba a la derecha pero era siniestro. Rearguí que en ese proceloso siglo habían escrito Thomas Mann, Faulkner, Aldous Huxley, Malraux, Stefan Zweig, Moravia, Günter Grass, Pasternak, Lawrence Durrell, el panléxico Joyce, el inquiridor Pirandello, el helicoidal Gómez de la Serna, el radiografiador Roger Martin du Gard y el más grande novelista del siglo: Marcel Proust. En suma y en fin, no podía establecerse una comunicación porque el sicalíptico Medina había aprendido a leer y escribir en un idioma cloacal básico y yo, en un recatado castellano, del cual me precio de ser un enfervorizado lexicólatra. Alguien desde la platea dijo que la comunicación entre ese sujeto y yo existía, y que la explicación de todo residía en que cada cual tenía sus preferencias, sus opiniones. Que se trataba de un empate.

Al oír esto de un empate recibí una inyección de sobresalto. A pesar de tener muy pocos secretos para mí el idioma, en ese turno no supe bien cuál era la acepción justa y exacta del sustantivo *empate*. ¿Significaba que yo era tan malo como él o que él era tan bueno como yo? Todo es a veces una engañifa, y bien se ve en los mudos: no pueden hablar pero se engañan por señas.

Hace 3000 años (como si dijéramos ayer) quedó asentado en el omniscio Eclesiastés que “quien añade ciencia, añade dolor” (I, 18) y que “el mucho estudio aflicción es de la carne” (XI, 12). Lo escribió el sabio rey Salomón en algún momento en que la apasionada Sulamita no lo acosaba con sus ardientes y ardidios reclamos. Y de veras es así: a medida que nuestros conocimientos aumentan, surgen poco a poco las dudas, las dudas nos invaden como el agua invade progresivamente el terrón de azúcar. Siendo así para el espíritu y el intelecto humanos, la comunicación, que debería ser una comunión, se torna una disidencia. Creo que no sólo el arte de vivir sino el mismo arte de la comunicación es un arte aparte, y creo que, respecto de las desinteligencias entre quienes se comunican, la sabiduría reside en la tolerancia y la benevolencia (menos en los intolerables casos excepcionales como en el del iletrado Medina y su amado endriago Céline) en la declaración del omnisapiente Montaigne: “Todos tienen razón, aunque prediquen opiniones contrarias, cada cual cuando le toca el turno de exponerlas”. Si esto no fuera ni suficiente ni bastante para reconocer tanto las prerrogativas como las limitaciones del hombre, y por lo tanto la dificultad de la comunicación cuando uno y otro se aferran a sus convicciones, también aparece la constitucional insuficiencia humana. ¿Cómo pueden hablarse, oírse y escucharse (no es lo mismo una cosa que otra, no son sinónimos) un ser aséptico, vacunado contra la embriaguez de la vida, pasteurizado contra los entusiasmos y el *élan* vital proclamado por el transportado Bergson, y una criatura encendida en la llama dionisiaca de los fervores? Un moralista sin pasiones puesto a analizar las pasiones de la fecunda, jocunda y jugosa naturaleza humana, es, por constitución, inepto para conocer y comprender la vitalidad del cuerpo y el alma conflagrados por el amor. Tanto va el cántaro a la fuente que al fin se llena. De igual modo, las palabras de San Agustín (de bendita memoria) son permanentes como el sol de todos los días incluyendo los días nublados: “Difícil es que os entendáis. Pero si contemporizáis, será sólo difícil pero no imposible”. A San Agustín, que después de una vida disipada pasó a una espiritualidad en flor, nos es dado encontrarlo en los libros que escribió con alma y omnisciencia, alcanzando con ellos una comunicación clara, precisa, inteligible, una claridad en ascuas. Gracias

a la contemporización que recomendaba como santo y seña para abrirse paso ante los centinelas que guardan las puertas del templo de la comunicación.

Por último, que no es *lo* último, pero ahora ha de serlo para no seguir con esta agresión literaria y periodística que estoy infligiendo al lector, he de decir que del mismo modo que a Dios se lo puede encontrar únicamente en todas partes, así la comunicación e intercomunicación la hallaremos sólo donde queramos entendernos con tolerancia y benevolencia.

El tema que he tratado, por cierto que lo he maltratado con un texto insuficiente, requiere un desarrollo mayor. He sido un tanto tangente, pero cuando se escribe o se habla, y para decirlo en lenguaje geométrico, es preferible ser tangente antes que secante.

Sé que esta nota ha decepcionado a la grácil lectora y al urbano lector y sé que no ha sido como debía ser, que no ha sido buena. La culpa es mía y del poeta Antonio Requeni, que me la ha solicitado. Mía, porque la hice mal y del poeta Antonio Requeni, porque esperaba que la hiciera bien.

Mayo 16 de 2005

173º aniversario de la muerte del siemprevivo Goethe.

La jornada de un periodista

Por Jorge Fernández Díaz

Organizado por el diario La Nación y la Universidad Torcuato Di Tella, se realizó el lanzamiento del Máster en Periodismo, que se realiza por quinto año consecutivo. Este año cursarán el programa 26 profesionales provenientes de distintas carreras y de siete países: la Argentina, Chile, Brasil, Colombia, Perú, México e Italia.

El acto de apertura del nuevo ciclo lectivo estuvo presidido por el rector de la Universidad Di Tella, Juan Pablo Nicolini; el director del Master, Fernán Sagüer; el director periodístico Carlos M. Reymundo Roberts y el director académico Fernando Rocchi. La clase inaugural estuvo a cargo del secretario de Redacción de La Nación, Jorge Fernández Díaz, cuyas palabras se reproducen a continuación.

A esta hora, hay un periodista buscando una primicia. La busca por los oscuros pasillos de Comodoro Py. Sabe que el secretario de un juez tal vez le filtre hoy ese expediente secreto y sueña con llevarlo a la redacción y con ganarse un titular en la portada. Se llama Gabriel, es flaco como una astilla, y es también nuestro hombre en el Poder Judicial.

A esta misma hora, hay un periodista que bosteza. Se levantó muy temprano, llegó a la redacción vacía y se colocó frente a los diarios y a la computadora. Estuvo radiografiando las informaciones, midiendo nuestros aciertos y nuestros errores frente a la competencia. Está revisando ahora mismo los cables de las agencias noticiosas, escuchando las radios de la mañana y viendo la televisión. En dos horas, le pedirá a un ordenanza que toque un triángulo sonoro, encabezará la reunión de blanco y tomará nota de lo que cada editor le propone. Les pedirá, a su vez, que cubran de determinada forma cada acontecimiento, les sugerirá una foto, una columna, un dato estadístico. Se llama Mauricio, y es nuestro jefe de noticias.

A esta hora, hay un editor que se apura. Debe llegar a tiempo a esa reunión, informar las novedades del día y contar cómo piensa cubrirlas. Luego tiene un almuerzo pendiente. Lo esperan dos políticos mentirosos que intentarán engañarlo, pero el editor jugará un rato con ellos, los rodeará, arrojará al cesto los frutos falsos que le oferten y les extirpará la verdad que ocultan entre plato y plato. Se llama Alejandro, y es el segundo jefe de política.

Alrededor de las tres, hay una redactora en la calle. Marcha entre piqueteros enmascarados y toma nota de los estropicios. A diez cuerdas, una colega toma café con un economista y ojea el superávit y la inflación en tres o cuatro planillas febriles. Una tercera redactora, veinte cuerdas al sur, en la reserva ecológica, intenta por todos los medios que una actriz sonría mientras posa en bikini para un reportaje de la revista dominical.

A las cinco, hay cien redactores tecleando silenciosamente las historias de ese día. Sus editores diseñan las páginas y discuten los centímetros sobre el papel de pauta. Se lamentan porque nada entra y porque hay que tomar decisiones dolorosas. Se edita con lo que se publica y también con lo que se desecha. El diario es como un monstruo gigantesco que se mueve y regurgita. Está tramando algo. Trama atrapar al lector de la mañana siguiente. Trama tomarlo de las solapas y conducirlo por imágenes y textos, historias, pesadillas y sueños. Trama despertarlo con sus mejores galas y desayunarlo con sorpresas, con reflexiones, con informaciones asombrosas, con tristes realidades, con emociones violentas.

A las seis, hay un grupo de periodistas que se reúne a puertas cerradas. Son veinte, entre editores y secretarios de redacción. La flor y nata. El secretario general, en el centro, les pide explicaciones. Cada uno va ofreciendo lo mejor que tiene. Es una competencia para tener un lugar en la tapa. Sus voces son formales y nerviosas, llegó el momento de la verdad. Una nueva vacuna contra el sida, una final de tenis, una suba de los precios en la soja, una frase destellante de un político, un espectáculo teatral que viene de afuera, un terremoto lejano, una revuelta política. Al final de la ronda se apagan las luces de la sala de blanco, el editor fotográfico enciende el proyector y los periodistas

enmudecen para ver las cincuenta imágenes de la jornada. Esos veinte hombres y mujeres, entrenados en cientos de batallas y con las cicatrices que la profesión imprime invariablemente en el alma de cada uno, examinan entonces esas fotos sangrientas o curiosas o simplemente estúpidas que vienen de países lejanos y de rincones ocultos de la Argentina. La vuelta al mundo en cincuenta cuadros. No pasa un día en el que la muestra no salpique de sangre, cadáveres, humo y metralla. Los veteranos gruñen, o hacen alguna broma de cirujano, pero están obligados a dominar sus sentimientos y a olvidar de inmediato lo que han visto, puesto que la gran mayoría de esa cruda exposición resulta impublicable. Cerca de las siete de la noche, las luces vuelven a encenderse y hay que dibujar la portada. Hay discusiones y voces superpuestas, marchas y contramarchas, y todos salen luego en busca de un café de maquina o de un cigarrillo apurado.

Avanza entonces la noche, como avanza un barco en la niebla.

Todos hablan a la vez en la redacción repleta. Algunos lo hacen por teléfono. Se escuchan frases sueltas, pedazos de vida:

—¿Puedo afirmar que le pedirán la renuncia?

—Mamá, ¿podés pasar a buscar a la nena por el colegio? Tengo nota y otra vez voy a llegar tarde.

—Dale solamente dos columnas.

—Dicen que el ministro de Economía impulsa la baja de tasas, ¿qué hay de cierto? A mí decime la verdad.

—¿Me venís con las expensas? Yo escribiendo el Watergate, ¿y vos me venís con las expensas?.

—¿Estás en Roma? Dejá todo y viajá a Siria.

—¿En qué quedamos: son dos o tres los muertos?.

—Apurate que nos come el león.

—¿Me manda una docena de facturas y media de churros? ¿Trabajan con *tickets*?.

—No entendiste la nota. Cambiá el foco. Tenés diez minutos, *baby*. O nos lleva el tren.

—¿Podemos afirmar esto sin que nos quemem vivos?.

—Andate a casa.

—No me voy porque en casa me aburro.

–Faltan fuentes, faltan fuentes. Llamá al gobierno y a la Corte.
¡Despertá a quien sea!

–Ese título no entra. ¡Dios! No entra nada.

–Nos comió el león. ¡Nos comió!

A las nueve, hay un redactor que transpira. Tiene su nota abierta y busca confirmar un dato. Su situación es desesperante. Corre contra el reloj del cierre y de la vida. Es un dato pequeño, pero si falla ese dato la noticia entera se viene abajo como un castillo de naipes. Se arrastra por ese dato chiquito, y cuando lo consigue, respira. Lo hace con alivio, sin triunfalismos. Sabiendo que cada día todo vuelve a empezar.

A las diez, hay siete locos alrededor de una página. Es la portada del diario, y cada error puede ser una puñalada. Se discuten las fuentes, los tonos, los tamaños, los colores, las palabras, los matices, los verbos, las fotos, las grafías, las ideologías, las frivolidades. Se discute todo mientras se va armando como un rompecabezas. Están llegando ya las otras páginas compuestas, y cada secretario se ha vuelto un detector de errores, un sabueso impiadoso que duda de todo, que da vuelta páginas, notas y títulos, que exaspera a redactores, correctores y diseñadores de planta.

A las once, quedan unos pocos náufragos a los que el agua les ha llegado al cuello. Nadan contra la corriente final, que a veces es como nadar vestido de frac en el mar abierto. Hay miradas nerviosas. “Vamos, vamos. ¿Se acaba? ¿Se acabó? ¡Se acabó!”.

Son las doce, hay un periodista de guardia. Está solo en la redacción sucia. La redacción parece, a esa hora, una cancha de fútbol después de un clásico. Hay papeles por el piso y recortes de diarios por todos lados, y un silencio nuevo, como de muerte. Todo está vacío, menos ese periodista que revisa los cables y le ruega a Dios que no pase nada. Porque si pasa algo, si hay una toma de rehenes, o regresa el tsunami, va a tener que levantarse y hacer una segunda edición, o parar las rotativas.

–Sueño con gritar alguna vez: ¡Paren las rotativas! –le dice un joven cronista que trabaja en la edición *On Line*.

–Vos dejá de soñar, que los gastos los pago yo, nene– le responde el guardián, que juega al solitario con las imágenes de Crónica TV

y con los últimos despachos de Reuters. Y que tiene más cicatrices que el capitán Ahab.

Cuando faltan sesenta mil ejemplares, es decir, cuando ya no puede pararse la máquina y todo está jugado y perdido, el veterano guardián levanta campamento y vuelve a casa.

Un ordenanza entra entonces en el templo y apaga por primera vez la luz. No se sabe qué pasa en una redacción a oscuras. No tenemos testigos presenciales, ni buenas fuentes que nos aseguren fehacientemente que las redacciones queden realmente ciegas, sordas y mudas alguna vez. Quienes hemos vivido tantos años en ellas, conjeturamos que siguen escuchándose, cuando no podemos oírlas, las voces de los creyentes y las de los escépticos, las discusiones en caliente, los gritos del cierre y los teclados ávidos. Pero no podemos probarlo. Y lo que no puede probarse, no se publica.

Están hoy empezando a ser algo que nunca dejarán de ser. Puede que, por esas vueltas de la vida y del trabajo, no lleguen nunca a dedicarse realmente al oficio. O que esta experiencia les sirva únicamente para practicar otras profesiones. Pero les aseguro que nunca dejarán de vestir esa ropa que hoy empiezan a probarse.

Lo hacen en una casa de altísimo nivel académico, como es la Universidad Di Tella, y en un diario riguroso que los hará revivir algo de lo mucho que hoy les he contado. Será un experiencia imborrable, y al verlos, no puedo dejar de envidiarlos. Me pasa cuando mis hijos me advierten que aún no han leído *Moby Dick* ni *La isla misteriosa*. Pienso: “Qué suerte, qué momento de gloria les espera”.

Bienvenidos a la fábrica de hechos y verdades.

Bienvenidos a los trabajos forzados.

Bienvenidos al fuego sagrado y a la fe.

Bienvenidos al periodismo.

Muchas gracias.

La protección constitucional de la libertad de prensa

Por Alberto Ricardo Dalla Via

Profesor titular de Derecho Constitucional (UBA y UB). Presidente de la Asociación Argentina de Derecho Comparado. Vicepresidente de la Asociación Argentina de Derecho Constitucional.

Ha señalado con razón Carlos S. Nino que en nuestro derecho constitucional la libertad de expresión es un derecho “sobrepotejado”, debido a que el texto constitucional dedica varias disposiciones a la materia, entre lo que cabe citar el artículo en el que consagra el derecho de los habitantes a publicar sus ideas por prensa sin censura previa o el principio general del artículo 19 que protege el principio de autonomía, además del artículo 32 en análisis que excluye la jurisdicción federal sobre la materia, así como la competencia del Congreso¹.

Por su parte, un especialista en el tema como el profesor Gregorio Badeni agrega a esa enumeración el artículo 33 en cuanto consagra el principio de soberanía del pueblo y la forma republicana de gobierno, el artículo 43 que al incluir el *habeas data* protege las fuentes de información periodística, el artículo 68 que establece la inmunidad de opinión de los legisladores y el artículo 83 que dispone la publicación inmediata en la prensa de los fundamentos de los vetos por el Poder Ejecutivo a las leyes².

Tal insistencia del constituyente no hace más que reflejar la gran importancia del tema como vehículo de la libertad y canal de expresión de las ideas, tanto al tiempo de sanción de la Constitución como en la actualidad. Entre nuestros antecedentes constitucionales cabe citar el Reglamento sobre la Libertad de Imprenta de la Junta Grande de 1811 y el Decreto de Libertad de Imprenta del Primer Triunvirato, también de 1811, redactado en base al documento anterior. Tales disposiciones dejaron sin efecto el derecho colonial que subordinaba cualquier expresión escrita al permiso de la autoridad.

Escribía Manuel Belgrano: "...La libertad de prensa no es otra cosa que la facultad de escribir y publicar lo que cada ciudadano piensa y puede decir con la lengua. Es tan justa dicha facultad como lo es la de pensar y hablar, y es tan injusto oprimirla como lo sería el tener atados los entendimientos, las lenguas, las manos o los pies a todos los ciudadanos. Es necesaria para la instrucción pública, para el mejor gobierno de la nación, y para su libertad civil, es decir, para evitar la tiranía de cualquier gobierno que se establezca; de lo cual son buenas pruebas, que ningún tirano puede haber donde ella esté establecida, y que ningún tirano ha dejado de quitarla con todo cuidado a sus súbditos, porque son incompatibles entre sí"⁷³.

La libertad de prensa es una modalidad de la libertad de expresión entendida en sentido amplio y que se encuentra protegida de manera especial en la enmienda I de la Constitución de los Estados Unidos, norma que en concreto ha sido la fuente del artículo 32 introducido en nuestra Constitución Nacional durante la reforma de 1860. La doctrina y jurisprudencia de la Suprema Corte de los Estados Unidos le ha dado un contenido muy amplio a la libertad de expresión, desarrollando la interpretación de la enmienda I y también a través de la XIV, enmienda que se refiere al debido proceso y trato igualitario a los ciudadanos de todos los Estados.

Esa amplia protección no se ha dado tanto por considerarla como un derecho subjetivo en particular, que en tal caso podría entrar en colisión con otros derechos (vg. la igualdad), sino como un presupuesto fundamental del sistema democrático que asegure el libre debate de las ideas, llegándose incluso a sostener la existencia de un "mercado de las ideas". En esa amplitud conceptual, la prensa aparece como un instrumento o un medio especial de protección. La posición liberal extrema es la que surge del célebre ensayo de John Stuart Mill titulado *On Liberty*, en el que sostiene que sólo se puede opinar o rechazar una idea repudiable o abominable una vez que ésta haya sido expuesta y que, por lo tanto, debe protegerse la libertad de expresión, aun de la idea que odiamos.

El artículo 32 fue adoptado por la Comisión ad hoc de Buenos Aires que propuso las reformas de 1860 a la constitución histórica. El precedente norteamericano fue tomado allí como una manera de pro-

teger al pensamiento libre e ilustrado de Buenos Aires de las preven- ciones y los recelos que despertaba el poder de Urquiza en cuanto a la posibilidad de censurar la libre expresión. En el debate de la conven- ción se destacaron las intervenciones de Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento y Dalmacio Vélez Sarsfield, entre otros.

La limitación del artículo 32 se refiere solamente a la libertad de imprenta debido a que en aquellos tiempos era la prensa escrita el ámbito de difusión de las ideas, sin mencionar a otros medios entonces inexistentes como la radio, la televisión, el cine, la informática o Internet. La misma consideración cabe con respecto al artículo 14 en cuanto prohíbe la censura previa en la “prensa”. El tema da lugar para las discusiones entre originalistas y contextualistas, o entre la llamada interpretación “estática”, apegada al texto histórico, frente a la interpretación “dinámica” que toma en cuenta los valores y la realidad circundante.

Nuestro punto de vista es que la constitución, frente a “lagunas” o casos no previstos, debe leerse con un criterio amplio a favor de la libertad individual y con un criterio lo más restrictivo posible en cuanto a la ampliación de poderes o facultades para el poder público.

La jurisprudencia de la Corte Suprema de Justicia de la Nación ha diferenciado con respecto al artículo 32 la posibilidad del Congreso de legislar en materia penal entre los delitos de prensa y los delitos cometidos por intermedio de la prensa, permitiendo en el último caso la compe- tencia de los tribunales locales que son los que por lo general tienen la competencia ordinaria en materia penal. A partir del caso “Batalla” se ha dado una notable ampliación de la competencia federal cuando se trate de la comisión de delitos de prensa que excedan el ámbito local.

Cabe señalar que nuestro país ha suscripto el Acta de Chapultepec durante la Conferencia Hemisférica sobre Libertad de Expresión con- vocada por la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1994, así como la Declaración de Principios sobre la Libertad de Expresión de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

¹ Nino, Carlos S. *Fundamentos de Derecho Constitucional*. Astrea, Buenos Aires.

² Badeni, Gregorio. *Tratado de Libertad de Prensa*. Lexis Nexis, Abeledo-Perrot, Buenos Aires, 2002, págs. 131 a 148.

³ *Correo de Comercio*. Buenos Aires, 11 de agosto de 1810 (n° 24). Citado por Gregorio Badeni, *op. cit.* nota al pie n° 5, pág. 120.

El contador que atormentó a un gobernador

Por Cora Cané

Suele surgir una especie de atracción fatal en algunos seres cuando, por diversas circunstancias, pasan de una vida de vuelo rasante, oscura y doméstica, al esplendor del éxito y la fama; y no digamos gloria, que ésta no se prodiga a cualquier recién llegado.

De la rutina y el anonimato, alcanzan notoriedad, movilizan los medios, protagonizan comentarios públicos, y hasta llegan a salir en tapas de diarios o revistas, con foto incluida.

Semejante transformación en su existencia pone en funcionamiento vibraciones de su personalidad que ellos mismos ignoraban. Y es entonces cuando la vanidad suele alcanzar el máximo de su potencia.

Esto le ocurrió a don Cándido Ramos, a quien en 1769 se le confirió el cargo de contador mayor de la Provincia del Río de la Plata, Paraguay y Tucumán, con asiento en Buenos Aires.

Apenas desembarcó proveniente de Cádiz –donde tenía un almacén de ramos generales–, pidió al gobernador Bucarelli que se lo ubicara en la Fortaleza y Casa Real, “con habitaciones dignas de su rango y adecuadas al uso de las audiencias que sus funciones les exigirían”. El capitán Juan de Berlanza, secretario del gobernador, le sirvió de cicerone en el recorrido por la Fortaleza; pero Cándido Ramos, con gestos desdeñosos y palabras poco gentiles, rechazaba cuanto veía. “Este cuadro es muy pequeño”; “aquí hay poca luz...”; “no me gusta el color de las paredes...”. Bucarelli empezaba a hartarse de las demandas de este contador, cuyos aires de superioridad e inaguantable vanidad y soberbia colmaban su paciencia.

A fin de complacerlo, le ofrecieron habitaciones en el Tribunal de la Real Hacienda, “siempre que se le hicieran las adecuadas refacciones, renovación de alfombras, muebles de categoría...”, según exigió Ramos. Entretanto, se le asignó una amplia casa, perfectamente instalada, como una especie de hogar de tránsito, hasta que se termi-

naran los arreglos previstos en el Tribunal. Cada semana, sin pasar ninguna, Ramos le escribía al gobernador exigiéndole “mayor premura en las obras de mi futura vivienda”. Lenguas maledicientes atribuyeron al tormento infligido por Ramos al gobernador que éste enfermara de repente. Su estado se agravó, por lo cual fue embarcado rumbo a España. Nunca más regresó a Buenos Aires.

Ramos quedó desolado. “¿A quién dirigiré ahora mis peticiones? ¿Quién se ocupará de mi vivienda...?”, clamaba a cuantos quisieran oírlo. Tanto lo afectó la partida del gobernador, que él también enfermó de cuidado. Ya convaleciente, lo primero que hizo fue investigar las obras del Tribunal. Las halló terminadas; pero, para su desconsuelo, se le informó que ese lugar estaba destinado al depósito de diversos efectos pertenecientes a la Corona. Tanto exigió, reclamó y armó alborotos –festejados por el pueblo con burlas y hasta insultos– que se decidió trasladar las pertenencias reales a otros depósitos, dejando el lugar para el contador. Apenas se mudó, reclamó “mejor luz, picado a las paredes que amenazaban humedad, cambio de algunos cuadros y alfombras”.

El 25 de septiembre de 1777 envió una extensa carta al virrey Vértiz, señalando que “no es digna de mi posición la vivienda que habito, puesto que carezco de las comodidades oportunamente reclamadas, como demolición de dos paredes, mayor cantidad de luces y cambio de sillones, por ser los que tengo muy incómodos”. Harto de él, Vértiz le contestó con una frase lapidaria: “No hay partida”. Don Cándido no se dio por vencido. Le dirigió numerosas cartas al rey, describiéndole con frases dramáticas “las penurias que paso en la vivienda que se me diere”. El rey hizo hacer discretas averiguaciones, comprobando que don Cándido vivía confortablemente y “hasta con excesos de lujos”. Sus notas nunca fueron contestadas. Y don Cándido, viejo, maltrecha su vanidad y olvidado, regresó a Cádiz y volvió a vivir en su antigua y deteriorada casona, que nunca pudo refaccionar porque él, para ese gasto, tampoco tenía partida.

Premios a la Creatividad 2004

A continuación se publican los trabajos que resultaron premiados en el concurso “Premios a la Creatividad 2004”. El primer premio correspondió a Claudio Casademont, de la Ciudad de Buenos Aires, por su trabajo “El fracaso de Juana Manso”; el segundo premio fue para Ernesto Martinchuk, también de la Ciudad de Buenos Aires, por “Manuel Belgrano también fue periodista”, y el tercer premio lo obtuvo Luis Alberto Salvarezza, de Concepción del Uruguay, provincia de Entre Ríos, por su trabajo “Fray Mocho”.

El fracaso de Juana Manso

Por Claudio Casademont

La célebre maestra sarmientina apenas pudo publicar ocho números del periódico que fundó para difundir, más allá de las aulas, su discurso de igualdad social. Pero nunca se apartó de sus principios.

“Baje usted la voz en sus discursos y en sus escritos, para que no llegue hasta aquí el sordo rumor de la displicente turba”, le aconsejó Sarmiento desde Nueva York en 1867. Aunque casi tres lustros habían pasado desde la última edición de *Album de Señoritas*, Juana Paula Manso mantenía sus convicciones y no se resignaba a adecuar sus planteos al criterio de los demás. Siempre dijo lo que pensaba, sin importarle el precio que le harían pagar.

Hija de un ingeniero andaluz que le proporcionó la mejor educación que a principios del siglo XIX podía recibir una niña, Juana Paula se propuso, desde esa posición privilegiada, cargar la pluma de

tinta para “emancipar a las mujeres de preocupaciones torpes y añejas que les prohíben hasta hacer uso de su inteligencia, enajenando su libertad y conciencia”.

“Dios no es contradictorio en sus obras y cuando formó el alma humana no le dio sexo”, subrayó en el primer número de su *Album...*, publicado en Buenos Aires en enero de 1854. Quizás demasiado temprano para batallar sin medida a favor del feminismo o lo que hoy llamaríamos, con una mirada más amplia, la defensa de los derechos humanos. Porque también abogó por los pobres, por los aborígenes, por la libertad de conciencia.

Su propio marido, un violinista portugués que luego la abandonó dejándola a cargo de sus dos hijas pequeñas, la trató de “loca” cuando ella le comentó su primer proyecto periodístico, *O Jornal das Senhoras*, que llegó a concretar durante su exilio en Brasil en tiempos del apogeo rosista.

“La sociedad es el hombre: él solo ha escrito las leyes de los pueblos, sus códigos. Por consiguiente, ha reservado toda la supremacía para sí. El círculo que traza en derredor de la mujer es estrecho, inultrapasable. ¿Por qué se condena su inteligencia a la noche densa y perpetua de la ignorancia?”, escribió, generando el desconcierto en la pequeña aldea.

Juana Paula sabía, como Sarmiento, que en la prensa estaba su mejor aliada para multiplicar su mensaje de igualdad más allá de las aulas. Tenía muy en claro que el periodismo era otra forma de ejercer la docencia, tanto como que muchas de sus propias congéneres cerrarían las puertas a su palabra luminosa.

“La Sociedad de Beneficencia por ahora no posee fondos para magacines”, le respondieron, como excusa, el día que se acercó hasta esa entidad de la que dependió la educación de las mujeres, para difundir su periódico. A sus autoridades ni siquiera les importó que la Manso les comentara que se trataba de una donación.

A modo de defensa, Sarmiento dijo alguna vez que Juana Paula (“el único hombre del continente que entendió mi propuesta educativa”) era ocre y que a su falta de belleza había que atribuirle el rechazo que generaba, en contraposición con cierta aceptación que lograba el discurso también progresista de Juana Manuela Gorriti, la otra gran intelectual contemporánea.

Sin embargo, al margen de los cánones estéticos, mientras Gorriti abogaba por una rebelión más bien desde lo individual, la Manso propugnaba una revolución desde lo sociopolítico. Y si bien Juana Manuela protestaba por los malos tratos que sufrían los indígenas, Juana Paula no sólo se oponía al envío de tropas para expandir el territorio (“va a correr sangre”) sino que además era antirracista y antiesclavista. Transgredía demasiadas normas.

Abiertamente desafiante y crítica de los males sociales de su tiempo, les advertía a los más afortunados la necesidad de educar a los más desposeídos. “Con una comunidad culta, ningún gobernante podría decir: ‘La ley soy yo, el soberano soy yo’”, publicó.

Ricos y pobres

Y si a los ricos los conminaba a “educar ilustradas” a sus hijas mujeres “en vez de criarlas para el goce brutal”, a los pobres les cuestionaba que les cerraran a ellas “torpemente la vereda de la industria y del trabajo” y las colocaran “entre la alternativa de la prostitución y la miseria”.

Con una estructura que aún subsiste a la hora de armar una revista femenina, en *Album...* había artículos sobre moda, notas dedicadas a la medicina homeopática, relatos de viajes. Pero la clave estaba en las reflexiones de la editora.

“Repárese qué error de nuestras ‘Américas’: en Europa y Estados Unidos, la mujer puede ejercer casi todas las profesiones que entre nosotros la preocupación les niega”, señalaba. “Se deja a la mujer en la ignorancia más profunda, ¡y después aseveran que ella no tiene el suficiente juicio para conducirse por sí misma!”, puntualizaba.

Aclaraba, sin embargo, que la emancipación “de la mujer no debía entenderse como su divorcio del hombre” y explicaba al respecto que “la ilustración de su espíritu, lejos de perjudicarla, la eleva y da a su matrimonio un fin mucho más moral del que tiene”.

No dejaba de lado ningún tema que considerara relevante para el progreso (esa obsesión que compartiría con Sarmiento). Así, podía aplaudir “la inauguración de la navegación a vapor en los ríos interiores de América” o vislumbrar, en cuanto a la construcción de un ferrocarril a Chile, que “un día las cordilleras serán taladradas por su base, formando anchos túneles y, de las selvas agrestes, harán las industrias hermosas”.

Había en el periódico, además, un espacio dedicado a la literatura. Pero lejos del mero entretenimiento, se decidió por una “especial preeminencia del americanismo” para “romper con el coloniaje y lograr la emancipación mental de los ciudadanos”. Su novela histórica *La familia del comendador* acompañaba la publicación como folletín.

Desde sus páginas también convocó a terminar con los “pleitos entre las distintas religiones que se profesaban en aquella Buenos Aires”. “El judío como el católico, el cristiano como el mahometano, todos son hijos de Dios”, proclamaba.

Sin fortuna

Emprendida por una mujer que no sólo carecía de fortuna personal sino que tuvo que asumir su compromiso ineludible de jefa de familia, la apuesta periodística de la Manso cobra dimensión singular al ser valorada como la necesidad lisa y llana de reclamar justicia.

“Una mujer pensadora es un escándalo. ¡Ay pues de aquel por quien el escándalo venga! ¡Y usted ha escandalizado a toda la raza! Sufra usted, por lo tanto, con la pena, tanta dicha. Entra pues, usted, en el camino de esas mujeres que hicieron una obra magnífica que otros siguieron o seguirán después. Por estar sola usted ¿es menos meritoria?”, Sarmiento intentó consolarla en algún momento en que sus fuerzas flaquearon.

Cuando ya no pudo seguir publicando el *Album...*, se despidió de sus lectores (también había varones, según prueba alguna carta que uno le envió acusándola de distribuir un material indigno de ser divulgado en el ámbito familiar) refiriéndose al periódico como su querido hijo, ignorado en la región del Plata “igual que su madre”. En desesperante situación económica, regresó a Brasil.

Fue hacia 1859 cuando su amigo José Mármol le presentó a Sarmiento, quien la convocó para dirigir la Escuela de Ambos Sexos N° 1, otro escándalo a los ojos de los sectores más conservadores. A la vez siguió desarrollando su vocación por el periodismo y se sumó al equipo de redacción de los *Anales de la Educación*, para difundir nuevos planes de enseñanza, basados en la reflexión y el respeto de los grados de maduración del niño.

En un artículo editado en 1865 con el título “La escuela de Flores”, dio cuenta de su indignación por los fondos insuficientes que los gobiernos de América latina destinaban a la educación. La réplica llegó en términos injuriosos que rechazaban sus posiciones vanguardistas en la enseñanza.

Ya con Sarmiento radicado en Lima, Juana Paula afrontó sola la pelea por la escuela mixta. Llegó el día en que le prohibieron tener en sus aulas a niños mayores de ocho años y se vio obligada a renunciar al cargo.

Se dedicó entonces a dar conferencias —una nueva forma de ejercer la docencia y el periodismo—, en las que siguió denunciando la marginación social de la mujer y que más de una vez fueron interrumpidas por grupos violentos que repudiaban su prédica.

Después vendría el triunfo de Sarmiento en los comicios de 1868 y la designación de Juana Paula como vocal del Departamento de Escuelas. Y su nombramiento, durante el gobierno de Avellaneda, en la Comisión Nacional de Escuelas. Fue la primera mujer que ocupó ese cargo y volvió a pagar un precio alto: la atacaron brutalmente para que renunciara.

Cayó enferma en 1874, a los 55 años, agotada por tanta incompreensión. Al borde de la muerte y convertida al anglicanismo, tuvo fuerzas para negarse a que un sacerdote católico le diera la extremaunción, lo que le valió un castigo final: su cuerpo permaneció insepulto durante un par de días porque no la admitían en los cementerios católicos.

En 1915, tras cuarenta años en el Cementerio Británico, sus restos fueron trasladados al Panteón del Magisterio de la Chacarita, en un acto impostergable de reivindicación.

“Aquí yace una argentina que en medio de la noche que envolvía a la patria, prefirió ser enterrada entre extranjeros antes que dejar profanar el santuario de sus conocimientos”, decía su lápida. Un editorial que podría haber llevado su firma. Su último ejemplo de dignidad. El gran triunfo de su fracaso, ese al que la llevó su firme decisión de no cambiar el discurso para ganar lectores o auspiciantes.

Manuel Belgrano también fue periodista

Por Ernesto Martínchuk

A medida que investigamos la historia nos percatamos de que Manuel Belgrano es un desconocido. Su muerte en la pobreza fue consecuencia de sus ideas. Su pensamiento, su voluntad, hechos políticos y económicos que siempre estuvieron en contra de las minorías y a favor del verdadero desarrollo del país lo dejaron aislado y en la miseria. El verdadero Manuel Belgrano es hoy, en el siglo XXI, un verdadero estadista. De allí la necesidad de analizar sus banderas que resultan hoy más actuales que nunca.

El pensamiento y la labor de Manuel Belgrano representan el esfuerzo más vasto y hondo realizado en el país desde el período hispánico, para extender a través de los órganos correspondientes los fundamentos de la educación en la formación de la Argentina. Si bien muchos de sus proyectos no llegaron a realizarse –por cuestiones ajenas a él–, sus nobles afanes están patentes en esa labor precursora y sistemática a favor del desarrollo integral del país.

“...el vestido de los héroes de la Patria, siempre tirado y siempre en trabajos y poco menos que desnudos”, escribió en una de sus 370 cartas reunidas en el libro *Epistolario Belgraniano*, hace mención a sus compañeros de armas. Son los héroes de la Patria. Son anónimos pero protagonistas de la historia. Son las masas anónimas las que combaten en el interior en pos de una nación integrada a Latinoamérica¹.

Manuel Belgrano configuraba el ideal de periodista, incluso y especialmente del periodista moderno, debido al carácter enciclopédico de sus conocimientos. Había viajado a España y había permanecido en la península entre 1786 y 1794. Esos ocho años fueron decisivos en su formación, ya que le permitieron empaparse del sustrato cultural y político europeo con el inevitable acerca-

miento de una Francia en ebullición, pero siempre caracterizada por hondos fermentos ideológicos. La revolución de 1789 lo sorprendió en España, causándole una profunda impresión no sólo política y estructural por lo que ella significaba, sino también por la evolución de las ideas².

“El auge de los estudios sobre economía política que imperaba en ese momento en España lo vinculó estrechamente con las sociedades económicas y le permitió frecuentar el trato con personalidades especializadas en esos estudios. Al fundarse en Salamanca la Academia de Práctica Forense y Economía Política, fue elegido presidente y se estableció en Madrid, donde permaneció varios años, y fue miembro de la Academia del Santa Bárbara del mismo género”³.

Belgrano había leído obras sobre economía, derecho y religión de autores clásicos como Montesquieu, Jovellanos, Campomanes, Genoveis, Quesnay, Rousseau, Filanguieri y Adam Smith. Cuando volvió a Buenos Aires era un abogado de 24 años que se desempeñó como secretario del Consulado. Había logrado una sólida posición económica pero siempre mantuvo una intransigencia infranqueable contra toda forma de corrupción.

“Ofrezco a V.E. la mitad del sueldo que me corresponde, siéndome sensible no poder hacer demostración mayor, pues mis facultades son ningunas y mi subsistencia pende de aquél, pero en todo evento sabré también reducirme a la ración del soldado, si es necesario para salvar la justa causa que con todo honor sostiene V.E.”, dijo e hizo el abogado economista transformado en militar. “No quiero pícaros a mi lado... lo mismo es morir a los cuarenta que a los sesenta, no me importa y voy adelante, quiero volar, pero mis alas son chicas para tanto peso”¹.

El Dr. Manuel Belgrano advirtió desde siempre la formidable ventaja que podía esgrimirse con la prensa y, en ese sentido, es un auténtico precursor del periodismo argentino. Su pluma resultó temible porque –sin manejar la ironía, un elemento paraprofesional que aparecería más tarde– desnudó una estructura y preparó los ánimos para las grandes reformas que se avecinaban en la ya bullente Buenos Aires colonial. Su penetrante percepción le hizo advertir que la liber-

tad no es un fin en sí mismo, sino un alto y dignificador medio para el bien común. Por lo tanto, respetar la libertad, protegerla y alentarla, es un deber de todos².

El *Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata*, más conocido como *El Telégrafo Mercantil* –propiedad del español Francisco Antonio Cabello y Mesa–, fue el primer semanario del virreinato, aparecido en 1801. A través de sus páginas denunció a los estafadores del pequeño comerciante de la colonia: “Otro mal imponderable al labrador y a los pueblos es el de los usureros, enemigo de todo viviente, a estos que tragan la sustancia del pobre y aniquilan al ciudadano, se les debe considerar por una de las causas principales de la infelicidad del labrador, y como mal tan grande, no hay voces con que exagerarlo”⁴.

Desde el *Correo de Comercio* encomendado por el virrey Cisneros en 1809, Belgrano comenzó a publicar “sus papeles”, como él dice: trabajos sobre finanzas, sociología, política, etc., que contenían el ideario libertador. Escritos con cautela, al mismo tiempo que con adulación al virrey, inculcaban en el pueblo sentimientos de dignidad y rebeldía. “Esos papeles –decía– no eran otra cosa más que una acusación al gobierno español, pero todo estaba y así creíamos ir abriendo los ojos a nuestros paisanos, tanto fue que salió uno de mis papeles titulado *Origen de la grandeza y de la decadencia de los imperios*, en vísperas de la Revolución, que así contentó a los de nuestro partido como a Cisneros, y cada uno aplicaba el ascua a su sardina, pues todo se atribula a la unión y desunión de los pueblos”.

Desde el primer número del *Correo de Comercio*, Belgrano había sentado el valor del comercio y la importancia del oro y la plata como signos de conversión. Pero muy prudentemente advertía que el dinero “es en realidad un fruto idéntico a los demás, del mismo modo que ellos se conducen a los mercados para tener en cambio las especies que desean conseguirse por su medio. Un país que no tiene los mismos –dice Smith– debe por necesidad arrancar la plata y el oro de los países extranjeros, del mismo modo que el que no tiene viñas conduce el vino que necesita consumir”.

Uno de los artículos publicados por Belgrano en el *Correo de Comercio* merece ser difundido por la doctrina civilizadora que enuncia: “La libertad de prensa no es otra cosa que la facultad de escribir y publicar lo que cada ciudadano piensa y puede decir con la lengua. Es tan justa esta facultad como lo es la de pensar y hablar, y es tan injusto oprimirla como lo sería el tener atados los entendimientos, las lenguas, las manos o los pies a todos los ciudadanos”.

“La libertad de prensa es necesaria para la instrucción pública, para mejorar el gobierno de la nación y para su libertad civil. Es decir, para evitar la tiranía de cualquier gobierno que se establezca, de lo cual son buenas pruebas que ningún tirano... ha dejado de quitarla con todo cuidado a sus súbditos, porque son incompatibles entre sí”⁵.

“Es necesaria esta libertad, porque con ella se extienden y comunican las luces de los hombres estudiosos y sabios a los que no lo son, los cuales con más facilidad y menos trabajo aprenden lo que otros han inventado, han pensado, han leído. Con ella se disipan los errores que en la primera educación o en alguna mala escuela se pueden haber tornado. Se controvierten las cuestiones más importantes para la sociedad, todos pueden juzgar por las razones y se aclara la verdad”⁵.

A través del *Correo de Comercio* Belgrano también manifestaba que estaba sirviendo de “ilustración en unos países donde la escasez de libros no proporcionaba el adelantamiento de las ideas a beneficio del particular y en general de los habitantes”. Y escribió en el N° 15: “la Nación China está dando a todos los del mundo conocido un ejemplo constante de lo que es el comercio interior auxiliado... es inmenso y el externo insignificante, respecto a la extensión del Imperio... su población es de 333 millones... y todo su giro se ejecuta entre sus habitantes, ascendiendo las ventas del Imperio a 250 millones de pesos, según estados publicados por Sir Jorje Stauton en Inglaterra...”. Para Belgrano era necesario modificar la estructura social: “tres millones de habitantes que la América de Sud abriga en sus

entrañas han sido manejados y subyugados sin más fuerza que la del rigor y capricho de unos pocos hombres”.

“Verdad es que la industria se establece por sí misma, y que sería perjudicial para un país agricultor violentar los brazos de sus habitantes hacia este preciso ramo, pero también lo es igualmente que habiendo muchas manos que por débiles son del todo ineptos a las otras profesiones, se las debe incluir precisamente hacia el trabajo, así porque no devoren en la ociosidad el fruto del sudor del que trabaja, como porque acrecentándose el valor a las producciones rudas de la tierra, se aumentaría con la misma proporción el capital comerciable de la provincia, y con él su riqueza permanente”⁵. Todos debían trabajar para evitar la injusticia social, reiteraba a través de sus artículos y memorias, para facilitar una correcta distribución entre los habitantes donde se podían plasmar correctamente derechos y obligaciones.

Manuel Belgrano estaba cargado de ideas y proyectos. Enamorado de un país inventado en reuniones clandestinas antes de que estallara el 25 de mayo de 1810. Allí se juega el destino de sus sueños. A principios del siglo XIX (1813), Belgrano escribía que “ni la Virtud ni los talentos tienen precio, ni pueden compensar con dinero sino degradarlos; cuando reflexiono que nada hay más despreciable para el hombre de bien, para el verdadero patriota que merece la confianza de sus conciudadanos en el manejo de los negocios públicos que el dinero o las riquezas, que éstas son un escollo de la virtud que no llega a despreciarlas, y que adjudicarlas en premio, no sólo son capaces de excitar la avaricia de los demás, haciendo que por general objeto de sus acciones subroguen el bienestar particular al interés público, sino que también parecen dirigidas a lisonjear una pasión seguramente abominable en el agraciado... he creído propio de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de mi patria, destinar los expresados cuarenta mil pesos para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras”. La última escuela se terminó recién a mediados de 2004 (siglo XXI), pasaron 191 años...

A principios del siglo XIX, Belgrano periodista escribía que “uno de los principales medios que se deben adoptar son las escuelas gra-

tuitas donde pudiesen los infelices mandar a sus hijos sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción; allí se les podrían dictar buenas máximas e inspirarles el amor al trabajo, pues un pueblo donde no reine éste, decae el comercio y toma su lugar la miseria”. Repetiría en abril de 1818: “todo es país enemigo para nosotros, mientras no se logre infundir el espíritu de provincia, y sacar a los hombres del estado de ignorancia en que están, de las miras de los que se dicen sus libertadores, y de los que se mueven para satisfacer sus pasiones”¹.

Manuel Belgrano jamás renunció a la lucha que inició en 1810. Su mensaje esta dirigido a los que siguen contaminados por la indiferencia. Su proyecto no sólo es indispensable para modificar el presente, sino también su pasión para transformar las individualidades a partir de la ética y la coherencia de los dirigentes.

En la hora actual, donde se intenta mostrar a líderes y revolucionarios falsos, que utilizan ejércitos y armas para imponer sus ideas y convicciones, donde el rumbo de la Nación está a la deriva, se les debe mostrar a los ciudadanos que Belgrano tenía un proyecto de país, principios éticos a los que nunca renunció y una pluma con la que expresó todos sus pensamientos.

“Para instruirnos tenemos más necesidad de investigar que de juzgar: Así nos acercaremos por grados a la verdad”, Droz (1833).

Bibliografía:

¹ *Epistolario Belgraniano*. Academia Nacional de la Historia (1970).

² Armando Alonso Piñeiro. Conferencia en el Instituto Belgraniano (mayo 2003).

³ Juan Carlos Zuretti. Citado por el historiador Alonso Piñeiro en conferencia.

⁴ *Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata*, Archivo Biblioteca Nacional.

⁵ *Correo de Comercio*. Archivo Biblioteca Nacional.

Fray Mocho

Por Luis Alberto Salvarezza

*“Si la gracia pretende, soberana,
que acatemos su ley, que no reprocho,
ha de saltar la risa de Fray Mocho
a llenarnos de lumbre la mañana.”*

DELIO PANIZZA, de “Canto al
Colegio del Uruguay”

Hasta el 29 de octubre de 1894, para Fray Mocho ser periodista era “echar el alma sobre las mesas de redacción”. Pero ese día decide cambiar de plumaje, si recordamos su camaleónica definición: “El periodista es como el tordo, se acomoda a cualquier nido”. Y sobre las crónicas agrega: “...me limitaré, pura y exclusivamente, a pintárselas, como yo las veo, a transmitirles los comentarios que oigo por ahí, a ser, resumiendo, un fotógrafo que saca vistas instantáneas”. Y vaya si “en cuerpo y alma” no fotografió su tiempo. O, mejor dicho, como expresa Francisco Soto y Calvo: “...Alvarez superó la fácil connotación fotográfica (...) con observaciones de mordiente psicología que saltan el estrecho marco en que él aparentemente las ubicó y se expanden en generalización que a todos nos alcanza”¹.

Más allá de lo expresado, a Fray Mocho, prototipo del periodista profesional, del hombre que conoce profundamente los secretos del oficio y que posee, por añadidura, una clara conciencia de su ubicación como trabajador de los “medio”, le costó adaptarse a los diferentes “nido”. Recordemos que en “Cómo nació *El Quijote*” manifiesta: “...un diario rochista, cosa que no me hacía gracia dado que yo no lo era ni tenía ganas de serlo (...). O me convertía o se hundía el proyecto (...). Y no le vi salida al callejón: mi alegría moría en pañales”.

“Las periodistas de *verdá*”, hará decir a uno de sus personajes, “son pobres bichos que honradamente cambian su *salú* por el mendrugo miserable...” (“¡Viva... Y siga el baile!”), o los comparará con

“verdaderos piratas de la vida”, pues por conseguir ese botín que es la noticia son “capaces de traicionar al demonio”.

“¿Qué cosa hay que no cambie aquí, en Buenos Aires?” (“Siluetas Metropolitanas”), se pregunta.

Y con él y otros cambiaría la prensa de nuestro país; la que quería que fuera “un fiel reflejo de la realidad” y sobre la que, sin embargo, califica directa o indirectamente de varias formas: “de lobos aulladores”; “de chacotona”, como ese diario que funda a principios de 1884; “de mentirosa”: “¡Una cosa son los diarios, che, y otra cosa es la *verdá!* (“Ojo por ojo”); “de manipuladora”, como lo hace ver en los textos “Las Etcéteras” y “Del mismo pelo”: “¡Si hemos llegado al extremo, che, de que ya no se respeta nada aquí! Ya ni hay antecedentes, ni nombre, ni posición que no sirva d’estropajo a los advenedizos y hasta la misma crónica social de los diarios se ve invadida por el canallismo más depravado... Todo está hecho un revoltijo...”.

En 1879 se afincan en Buenos Aires definitivamente e inicia su tarea de reportero en el diario *El Nacional*, que había sido tribuna de Sarmiento y que dirigía Samuel Alberú. Luego lo hace como cronista policial en el diario *La Pampa*, de Ezequiel Paz. Posteriormente es reportero de *La Patria Argentina*, de Ricardo y Eduardo Gutiérrez, y participa denodadamente de las luchas del Centro de Cronistas. Su amistad con José María Niño y Bartolito Mitre le posibilitan su incorporación, hacia 1881, en el diario *La Nación* como cronista parlamentario. En 1882, con Ramón Romero funda *Fray Gerundio*, y, paralelamente, colabora en *Le Fígaro* e integra, hacia 1884, efímeramente, la codirección de *Don Quijote* con el caricaturista Eduardo Sojo, con quien sostiene varios enfrentamientos por el manejo poco feliz que hace del humor. Hacia 1887 colabora en el diario *La Razón*, de Onésimo Leguizamón, y *Sud América*, de Paul Groussac, diario que el 15 de octubre de 1886 agrega el siguiente comentario: “Difícilmente habrá alguien que no conozca en Buenos Aires a este espiritual muchacho, dueño de *Fray Gerundio* y uno de los más puros y honrados corazones que se alojan en el cuerpo de un entrerriano feo. Ha sido de todo –soldado de López Jordán, maestro normal, noticiero, autor de libros y finalmente ha fundado un diario, escrito en criollo, para sostener a Máximo Paz–.

No tiene miedo sino a dos cosas: al doctor Rocha y a la lectura sigilosa de manuscritos literarios. Ultimamente ha sido nombrado Comisario de Pesquistas”. Hacia 1894 colabora en *La Mañana* de La Plata, periódico que dirigía José María Niño.

El 8 de octubre de 1898 –bajo el signo del liberalismo conservador–, aparece en Buenos Aires el semanario *Caras y Caretas*, que *La Prensa* califica de “jocoso” y el diario *El Nacional*, de “crítico jocoso”, y que se autodefine como “semanario festivo, literario, artístico y de actualidad”.

Caras y Caretas es una acabada síntesis conceptual y técnica de su época, en la que equilibradamente, sin excesos, predomina el gusto popular y se privilegian armónicamente el diseño, el humor, la imagen, la crítica y la seriedad intelectual.

Semanario que transitó la apertura democrática, tres gobiernos radicales, el golpe militar y la crisis del '30 hasta que en 1939 dejó de aparecer, y que se asocia permanentemente con el nombre de Fray Mocho, quien fue su primer director, “y al que consagra –según el decir de Martiniano Leguizamón–, todas las energías de su inteligencia poderosa y la sal de su ingenio peregrino que burbujeaba en las puntas de su pluma²”; con Eustaquio Pellicer como redactor y Manuel Mayol como dibujante y la colaboración de innumerables relevantes figuras del quehacer literario y plástico nacional. Iniciador de la fotografía periodística, cedió un gran espacio a la imagen, específicamente a la publicidad; además de reconocer como “un hacer profesional” el oficio periodístico al abonar sus colaboraciones. Y en el que quedó impresa la primera historieta argentina, el fenómeno inmigratorio, el desarrollo socioeconómico y la transformación estructural de la Gran Aldea iniciada desde el '80.

Hablamos de José S. Álvarez³, nacido en la ciudad entrerriana de Gualaguaychú el 26 de agosto de 1858; el mayor de siete hijos del matrimonio conformado por los orientales Desiderio Álvarez Gadea y Dorina Escalada Baldez. Conocido a través del popular seudónimo de Fray Mocho, quien además utilizará, entre otros, los de: “Fabio Carrizo”, “Nemesio Machuca”, “Sfick”, “Sargento Pita”, “Figarillo” “Gamin”, “Gavroche”, “Juvencio López”, “J. S. A. Pincheira” y “Pancho Claro”.

Después de vivir doce años en la estancia Campos Floridos, de Gualaguaychú, administrada por un socio de su padre, Reginaldo Villar, y realizar en el pueblo los estudios primarios, en marzo de 1872 ingresa como pupilo al internado del Colegio Nacional del Uruguay, fundado en 1849 por el general Justo José de Urquiza en la vecina ciudad de Concepción del Uruguay y sobre el que escribe, entre otras anécdotas y recuerdos, “*Toy al cair*” (“Para otros, ella no tiene valor... apenas si quiere decir ‘estoy al caer’; para nosotros es un símbolo sagrado, un resumen completo de vida estudiantil, un código, una noción completa de lo que es justicia y caballerosidad...”) y “El Clac de Sarmiento”, donde pone de manifiesto ese concepto antitético que caracterizó al ex presidente, *Civilización y barbarie*, el día en que visitó dicho colegio. Allí se lo comienza a llamar “Mocho Alvarez”; que, según explicación propia, “...se referiría a su cara un tanto acarnerada, según dicen... entre otros mi espejo. Más tarde adopté el mote como seudónimo periodístico, muy tranquilamente, porque no he sido ni seré carnero de Panurgo y porque tengo demasiada punta... para ser Mocho”.

En 1877, su nombre se suma a ese inspirado grupo de muchachos que el 14 de mayo en el teatro 1° de Mayo, afectados por la supresión de becas, fundan La Fraternidad, sociedad democrática, liberal y justiciera que, como su nombre lo señala, busca socorrer a los estudiantes que por esta y otras circunstancias se vieran imposibilitados de educarse. Actualmente, también sede de la Universidad de Concepción del Uruguay.

Prosigue sus estudios, que interrumpe en tercer año por la clausura del Internado, en la Escuela Normal de Paraná; que finaliza pero sin recibir su diploma, pues es expulsado por el rector José María Torres. De esta época son las escasas producciones poéticas que su hermano el doctor Fernando Alvarez entrega a Ricardo Rojas, y su desempeño periodístico inicial en *La Democracia* y *El Pueblo Entrerriano*. Acerca de su producción poética, más allá del lirismo de muchas descripciones, Ricardo Rojas hace un análisis de la filtración de ésta en su prosa.

El escritor nunca abandonó al periodista ni al funcionario. Su obra es un reflejo del hombre y su existencia.

En *Cosmópolis*, Ricardo Rojas sintetiza el espíritu que campea en el alma de sus personajes manifestando: “Cada hombre de sus relatos expresa ideas y sentimientos propios en vocablos y giros que le son peculiares, así descubre la calle, el café, la estancia, el conventillo, la antesala ministerial, el vestíbulo de la familia pudiente y el *boudoir* de la frívola amiga aristocrática. Nadie hizo hablar mejor al criollo recalci-trante que resiste las nuevas costumbres y al *snoob* que las preconiza, el gringo apaisanado y el argentino que regresa de Europa; al compadrito, al pechador, al *clubman*, al loco lindo, al chiflado, al titeador, al tilingo, al vivo, al vividor, tipos genuinos de nuestra cultura”⁴.

En 1882 publica con el título *Esmeraldas* su primera colección de cuentos, subtitulada *Cuentos Mundanos*, que por su contenido o subido color “verde” y sus relaciones con frutos y flores pueden asociarse a la citada piedra. Se trata de un grupo de relatos que esconde inocentes e iniciales historias de amor o “improntos de erotismo ingenuo”, como los denomina José Edmundo Clemente⁵.

Entre 1886 y 1887 se desempeña como comisario de Investigaciones de la Policía Federal, tarea que le posibilita penetrar y desentrañar el mundo de la delincuencia y su jerga. Conocimientos que resume escribiendo un “Reglamento para la Comisaría de Pesquisas” y, al retirarse, su obra *Vida de los ladrones célebres de Buenos Aires y sus maneras de robar* (1887) y *Memorias de un vigilante* —que aparece diez años después, en 1897, bajo el seudónimo de Fabio Carrizo, que reutiliza en *Caras y Caretas*—, donde documenta esa oculta y desconocida realidad del ladrón, el pillo y el ratero, de ese submundo porteño: la delincuencia. “Pretexto —dice Francisco de Veyga— que le permite poner de manifiesto sus excepcionales actitudes de cronista”⁶.

Estructurado en dos partes, la primera, en forma autobiográfica, responde a las “memorias”, en las que evoca la vida de Fabio Carrizo, que de peón pasa a ser soldado y de soldado, a vigilante. Situación que le posibilita la penetración y el conocimiento del *Mundo Lunfardo* (título de la segunda parte), en la que se informa, documenta y ejemplifica esa realidad que se muestra como un organizado “gremio” y donde por sus artimañas y el conocimientos se los califica y clasifica, además de reconocer sus transformaciones y mostrar a la mujer como complemento, cruz o escudo de sus delitos.

De nuevo como funcionario, el Departamento de Marina lo nombra oficial, motivo por el que debe realizar un viaje a Entre Ríos que cristaliza escribiendo, también en 1897, *Un viaje al país de los matreros*, que en la edición de 1910 se titula *Tierra de matreros*. Estructurada en veintidós episodios o cuadros que se suceden como en un “cinematógrafo criollo”, según el subtítulo. Obra en la que Pedro Delheye descubre esa “fuerza apreciable que ya deja sentir su influencia bienhechora y da los primeros lineamientos de la literatura argentina”⁷⁷. En el primer episodio, cuadro o estampa y con el título “Pinceladas”, nos ubica geográficamente en ese “país de lo imprevisto, de lo extraño, en la región que los matreros –los desheredados, los que habitan las tierras bajas– han hecho suya: entre los pajonales que festonean las costas entrerrianas y santafecinas”. Junto a ño Ciriaco —“verdadero archivo de cicatrices y mañas”—, viven “como las fieras” aquellos que han sido “diablos tal vez”, “juidores”, “sin *edá*”, “sin ley y autoridad”, y que consustanciados o determinados por la naturaleza, “verde en todos los matices y gradaciones, que castiga la vista como una obsesión”, adquirirán por sus rasgos o mimesis los apodos de “ñanducito”, “aguará”, “los yacarés”, “el carau” y “La Chingola”: “La señora más distinguida de nuestra sociedad, como diría cualquier diario, si tuviera que dar cuenta de sus reuniones...”; sin embargo, era jefa de los cuatrerros e instigadora de robos... y quizás la única mujer en esa situación. Seres que detrás de una misma historia que los obliga a vivir semiocultos, en alerta permanente e imitando al carau, el chajá o el sirirí para despistar, sobreviven sus culpas cazando y pescando, contrabandeando, en esas soledades sobresaltadas por bandadas de miedo, exóticas, orilleando la civilización, más allá de soberbias explosiones de la naturaleza, interrumpida por escenas campestres, leyendas y prácticas tradicionales que resguardan nuestra realidad nacional y donde se abre el gaucho como esas regiones ilimitadas reemplazando el caballo por la canoa; imágenes que, como dice Fray Mocho, son dignas de cualquier pincel.

En 1898 da a conocer *En el Mar Austral* —(*Croquis fueguinos*), obra redactada con gran fidelidad, y donde describe una región que no conoció sino a través de documentos y otros testimonios y de la que Ricardo Rojas, juntamente con *Viaje al país de los matreros* expresa:

“Dejan entrever al novelista, aunque carecen de unidad interna, quizá porque le faltó ocasión para meditar un argumento, o porque el periodismo habita en el hábito de la nota episódica y de la labor fragmentaria”⁸. Obra elogiada por Guido y Spano, Martiniano Leguizamón, Roberto J. Payró, Vicente Fidel López y otros.

En 1906 se recopila con el título *Cuentos* la producción publicada entre el N° 1, del 8/10/1898, y el N° 255, del 22/8/1903, de *Caras y Caretas*, sin respetar la secuencia original, cuyo ordenamiento se altera varias veces y sin expresarse la responsabilidad de dicha selección, más allá de afirmar que se trata de la elección de los “mejores” y donde se utiliza como prólogo la *Corona fúnebre* escrita por Miguel Cané, que *Caras y Caretas* publica con motivo de su muerte en el N° 256 el 24/8/1903.

Fray Mocho publica estos cuentos, bocetos o esbozos costumbristas en un momento en que aparentemente “el manejo de lo vivido y cotidiano —expresa Carlos Mastronardi— no era tarea digna de ascensión estética”⁹. Sin embargo, su agudeza e ironía, su picardía y el buen uso que hace de lo popular exhibiéndolo con vivacidad y espontaneidad a través de innumerables personajes le permiten mostrar esa escenografía de contrastes o galería arquetípica que oscila entre la vieja y la nueva realidad del país y que convierte estos textos y los recopilados con el título *Salero criollo* (1920) en lo más relevante de su producción. Ese mismo año se edita otra recopilación: *Cuadros de la ciudad* (1906).

Fray Mocho, ese hombre que llevó el periodismo al plano del arte, según el retrato de Roberto J. Payró: “Tenía los ojos vivos y maliciosos iluminando su cara redonda de rasgos abultados, que las viruelas habían contribuido a hacer toscos sin vulgarizarlos por eso. La boca gruesa, esbozada sonrisa de todos matices, desde el de la burla hasta el de la bondad. El cráneo voluminoso estaba cubierto de espeso cabello negro, siempre muy corto; ancho de espalda y cargado de hombros, con aire de soldado o de marinero, andaba de una manera peculiar, medio torcido, actitud que los años acentuaron a consecuencia de su mala salud. Usaba siempre una americana oscura, gris o marrón, sombrero blanco caído sobre el ojo izquierdo y hablaba con voz mezcla de bajo y barítono, áspera, con modulaciones de cantante, que acentuaba al decir un chiste o una “agachada” siempre fácil para

su agudísimo ingenio”¹⁰. Agregamos que compartió toda su vida con Silvia Martínez, con quien contrajo matrimonio en 1882, sin dejar descendencia. Que el 23 de agosto de 1903 se produce su fallecimiento y es enterrado en el cementerio de la Recoleta; restos que con motivo de su cincuenta aniversario (1953) son trasladados al cementerio de su ciudad natal: Gualeguaychú.

“Digamos, finalmente, que el afán de justicia, que sirvió de estímulo a Alvarez, acabó por simplificarlo a los ojos de la posteridad. Suele verse en él, de modo exclusivo, un pedagogo social, un periodista rebelde, un defensor abnegado de pobres y ausentes. Su obra excede estos perímetros morales y se sitúa en los dominios del arte. Nuestro ilustre paisano es parte de la realidad nacional, como las selvas y los arroyos que recorrió en su mocedad. Por eso, en uno de nuestros viajes a Entre Ríos, lo hemos sentido o presentido entre los pajonales, conversando con espectros de matreros, cuando la tarde se cansa en los bañados y algún pájaro empieza la tristeza...”¹¹.

¹ Venturini, Aurora. “Fray Mocho, el Matrero”. Diario *La Prensa*. Bs. As., 17-9-1995, pág. 3.

² Leguizamón, Martiniano. *De Cepa Criolla, Fray Mocho*. Hachette, Bs. As., 1961, pág. 93.

³ El segundo nombre de Alvarez es Zeferino, registrado con una “S” y no una “Z” como correspondería, descartando Sixto, como se ha divulgado, o Ciriaco, como expresa Miguel de Echebarne; según partida de bautismo de la parroquia de Gualeguaychú.

⁴ Rojas, Ricardo. “La obra de Fray Mocho”. En *Cosmópolis*. París, Garnier Hnos. ed., s/f.

⁵ Clemente, José Edmundo. Pról. de *Cuentos con Policías*, de F. Mocho. Ed. Sur, Bs. As., 1962, pág. 9.

⁶ Veiga, Francisco de. Carta-pról. de *Memorias de un Vigilante*. La Cultura Argentina, Bs. As., 1920, pág. 9.

⁷ Delbeye, Pedro. Pról. a *Un Viaje al País de los Matreros*. Bs. As., 1907, pág. 13.

⁸ Rojas, Ricardo. *Historia de la Literatura Argentina. Los Modernos II*, T. VIII. Ed. Losada, Bs. As., 1948, pág. 461.

⁹ Mastronardi, Carlos. *Formas de la realidad nacional – Pueblo y Literatura*, Fray Mocho, *Espejo de Criollos*. Ed. Ser, 2da. edición, Bs. As., 1964, pág. 101.

¹⁰ Payró, Roberto J.. Citado *Diccionario Biográfico de Piccirilli*, Tomo I. Bs. As., pág. 124.

¹¹ Mastronardi, Carlos. Op. cit. pág. 110.

Premio a la Creatividad 2005

Bases del concurso

La Academia Nacional de Periodismo convoca al Premio a la Creatividad 2005, que otorga de manera bienal para autores éditos, el cual se rige por el siguiente reglamento:

1. Este año está dedicado a temas vinculados con la libertad de prensa en artículos y notas publicados en castellano en el soporte técnico en que hayan sido editados en medios periodísticos gráficos, radiofónicos y televisivos, tanto en el país como en el exterior, en el período que va del 1° de enero de 2004 al 31 de agosto de 2005.
2. Podrán concursar argentinos o extranjeros con residencia legal en el país.
3. El jurado estará integrado por Lauro Láíño, Enriqueta Muñiz, Enrique Oliva y Enrique J. Maceira, miembros de número de la Academia, y deberá expedirse antes del 15 de noviembre de 2005.
4. Se otorgará un premio consistente en diploma y la suma de \$ 3000, y habrá además tres menciones. El jurado, si así lo estima, podrá otorgar más menciones.
5. Para concursar, los participantes deberán presentar un original certificado por el editor y cinco copias en el soporte editado antes del 15 de octubre de 2005, en la sede de la Academia Nacional de Periodismo, Agüero 2502, 3er. piso, edificio de la Biblioteca Nacional, (1425) Buenos Aires, de lunes a viernes, de 11 a 16, acompañando sus datos personales (nombre y apellido, documento de identidad, domicilio, *e-mail* y teléfono). La presentación podrá hacerse por vía postal, para lo cual se tomará como fecha de remisión la que indique el matasellos.

6. Cada concursante podrá presentar sólo un trabajo para optar al premio establecido. Podrán presentarse trabajos en equipo que serán considerados como una unidad.
7. Todo lo no establecido en este reglamento que diere lugar a duda o controversia será resuelto por el jurado y será inapelable.
8. Los trabajos no premiados podrán ser retirados a partir del 1° de febrero de 2006, de 11 a 16, de lunes a viernes, hasta el 31 de marzo siguiente en la sede de la Academia Nacional de Periodismo.

Presentaciones de libros

En el curso de diciembre pasado se realizaron dos presentaciones de libros editados por nuestra Academia. El 6 de ese mes, en la sede del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI) se efectuó la de *Tres batallas por la libertad de prensa*, obra del doctor Alberto Ricardo Dalla Via, ceñida interpretación jurídica acerca de criterios que han venido predominando en los tribunales norteamericanos durante las últimas décadas y que han culminado con la enunciación expresa y ya indiscutible de la denominada “doctrina de la real malicia”, puntualización por demás importante sobre las muy específicas circunstancias en que puede ser incriminado el difusor de una noticia.

Los doctores Jorge Reinaldo Vanossi y Carlos Alberto Floria y el propio autor expusieron en la oportunidad sobre diversos aspectos de los actuales enfoques jurídicos y éticos relativos a la actividad periodística y acerca de los cuales la obra citada contiene un penetrante análisis.

El 12 del mismo mes, en los salones del Centro Argentino de Ingenieros, se realizó la presentación de *“La Prensa” que he vivido*, del miembro de número y vicepresidente segundo de la Academia, Enrique J. Maceira, que estuvo a cargo de los académicos Bartolomé de Vedia y Fernando Sánchez Zinny. Esta obra es un entretejido de relatos y vivencias vinculados con el clásico diario de los Paz y con el desempeño que en él tuvo Maceira por más de cuarenta años, lapso en el que la Argentina pasó por trances sumamente arduos y controversiales que tuvieron honda repercusión en el quehacer periodístico y, en particular, en ese medio de prensa, cuya decidida posición en defensa de las libertades cívicas le acarreó primero persecuciones y la confiscación, y más tarde, tras ser recuperado por sus

tradicionales propietarios, dificultades diversas que terminaron siendo causa de su desaparición.

Maceira recordó con emoción su paso por ese medio, al que agradeció las experiencias y amistades cosechadas, así como las claras enseñanzas que dejaron en su persona los responsables de aquella publicación, unánimemente comprometidos con valores inherentes al periodismo y a la condición humana, como la dignidad, la veracidad y la lealtad a las convicciones.

Ambos actos fueron presididos por el presidente de la corporación, doctor José Claudio Escribano.

INDICE

La muerte de Fermín Fèvre	5
Palabras del doctor José Claudio Escribano	7
Nuevos académicos	9
El espectáculo de la cultura, por Ernesto Schoo	11
Mitre periodista, por Enrique M. Mayochi	17
Comunicaciones y comuniones, por Bernardo E. Korembliit	23
La jornada de un periodista, por Jorge Fernández Díaz	27
La protección constitucional de la libertad de prensa, por Alberto Ricardo Dalla Via	33
El contador que atormentó a un gobernador, por Cora Cané	37
Premios a la Creatividad 2004	39
El fracaso de Juana Manso, por Claudio Casademont	39
Manuel Belgrano también fue periodista, por Ernesto Martinchuk	44
Fray Mocho, por Luis Alberto Salvarezza	50
Premio a la Creatividad 2005	59
Presentaciones de Libros	61

Otras publicaciones de la Academia Nacional de Periodismo

- Boletines N° 1 a 16 (1997 a 2005).
- *Presencia de José Hernández en el periodismo argentino*, por Enrique Mario Mayochi, 1998.
- *Guía histórica de los medios gráficos argentinos en el siglo XIX*, 1998.
- *El otro Moreno*, por Germán Sopena, 2000.
- *Orígenes periodísticos de la crítica de arte*, por Fermín Fèvre, 2001.
- *Periodismo y empatía*, por Ulises Barrera, 2001.
- *Homenaje a Félix H. Laíño*, 2001.
- *Sarmiento y el periodismo*, por Armando Alonso Piñeiro, 2001.
- *El periodismo como deber social*, por Lauro F. Laíño, 2001.
- *Historia de la idea democrática*, por Mariano Grondona, 2002.
- *Música argentina y mundial*, por Napoleón Cabrera, 2002.
- *Premios a la Creatividad 2001*, por Diez, Pérez y Rudman, 2002.
- *Cara a cara con el mundo*, por Martín Allica, 2002.
- *La identidad de los argentinos, sus virtudes y peligros*, por Enrique Oliva, 2002.

- *Gerchunoff o el vellocino de la literatura*, por Bernardo Ezequiel Koremblit, 2002.
- *La responsabilidad social y la función educativa de los medios de comunicación*, por Rafael Braun, Pedro Simoncini y Federico Peltzer, 2003.
- *Premios a la Creatividad 2002*, por Jiménez Corte, Rimoldi y Altabás, 2003.
- *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina (1879-2001)*, por Mario Tesler, 2004.
- *Orígenes de la libertad de prensa*, por Armando Alonso Piñeiro, 2004.
- *La Prensa que he vivido*, por Enrique J. Maceira, 2004.
- *El periodismo cordobés y los años '80 del siglo XIX*, por Efraín U. Bischoff, 2004.
- *Tres batallas por la libertad de prensa*, por Alberto Ricardo Dalla Via, 2004.
- *Doctrina de la real malicia*, por Gregorio Badeni, 2005.



Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7300 / 4954-7700
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Agosto de 2004

